



espol
Escuela Superior
Politécnica del Litoral

Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual





espol
Escuela Superior
Politécnica del Litoral

Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual

VOLUMEN 3. NÚMERO 1



espol Facultad de
Arte, Diseño y
Comunicación Audiovisual

Autoridades

PhD. Cecilia Paredes Verduga

Rectora

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

PhD. Paúl Herrera Samaniego

Vicerrector

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

PhD. Marcelo Báez Meza

Decano FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Mg. Luis Rodríguez Vélez

Sub-Decano FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

PhD. Paola Ulloa

Gestión de Apoyo y Difusión

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Consejo Editorial

MSc. Alla Kondratova

MSc. Ariana García

MSc. Diana Macías

MSc. Daniel Castelo

MSc. Omar Rodríguez

Comité Externo

Arturo Cervantes
Universidad de Buenos Aires

Raúl Serrano
Universidad Andina Simón Bolívar

Cecilia Vera de Gálvez
Universidad Católica Santiago de Guayaquil

Vicente Robalino
Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Galo Torres
Universidad de Cuenca

Claudio Pozzani
Universidad de Génova

Paola Ricaurte
Tecnológico de Monterrey

Staff

Marcelo Báez, PhD.
Director

JD Santibáñez, MSc.
Editor General
Director de Arte

Daniel Castelo, MSc.
Jefe de Redacción

Ariana García, MSc.
Jefe de Diagramación

Imágenes

Jannia Palma, Solange Gómez, Ashley Daza,
Amy Ojeda, Elizeth Díaz, Emily Lima,
Nohely Calle, Doménica Aguilera

Portada

Solange Gómez

Portadillas

Marcia Fabara, MSc.

Informática

Diego Carrera, PhD.

Pixelettras, Revista Literaria de FADCOM, es una publicación de arte y literatura semestral de la Facultad de Arte, Diseño y Comunicación Audiovisual y de la Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL), dirigida a profesores, estudiantes, profesionales de la Comunicación, amantes del Arte y la Literatura, en general. Es editada en la ciudad de Guayaquil, Ecuador. Campus Gustavo Galindo. Km 30,5 Vía Perimetral.

Editorial

Crear una revista en tiempos de la peste resulta una aventura mucho más emocional, emocionante y emotiva que en cualquier otra circunstancia histórica. Ahora que parecería que estamos viendo la luz al final del túnel del tiempo, aparece este nuevo número. Las vacunas están siendo administradas a la población mientras se redacta este editorial. Se anuncia el paulatino regreso a las actividades presenciales. Sin embargo, el espíritu de la plaga sigue vigente y vigilante sobre todos y la muerte, cual una funcionaria estadística, sigue tabulando los decesos.

Es ineludible el debate sobre cómo el arte ha ayudado a sobrellevar el confinamiento de manera estoica. En *Cambiamos de vía: Lecciones de la pandemia* (Paidós, Bogotá, 2020) Edgar Morin nos habla de los oficios infravalorados en esta época. Hace una lista que incluye a enfermeros, basureros, hortelanos, agricultores... Y nos regala un párrafo revelador:

Es necesario que de ahora en adelante los oficios infravalorados gocen del reconocimiento social que merecen, que las profesiones dedicadas a los demás, médicos y docentes, sean reconocidas en toda su grandeza, como lo han sido durante la crisis y como deben seguir siéndolo.

A esa lista añado a escritores y artistas visuales (ilustradores, pintores, diseñadores gráficos). Este grupo constituye una primera línea a la que no se le ha reconocido lo suficiente, un frente vital en esta batalla contra la plaga. El resultado es este número de *Pixelettras* en el que se sigue ofreciendo una resistencia simbólica al virus de la inercia, el sedentarismo, la falta de creatividad...

Este número tiene textos ambiciosos (todos ilustrados por talentosos estudiantes de la facultad) como el fragmento de novela de Pablo Escandón y una reseña de un escritor fundamental como lo es Raúl Serrano Sánchez. En cada número de *Pixelettras* se somete a un escritor al cuestionario Pivot-Proust. El autor escogido en esta ocasión es el premiado narrador manabita Dalton Osorno. Se incluyen sendos homenajes a dos grandes escritores que fallecieron durante el cierre de edición de este número: el guayaquileño Jorge Velasco Mackenzie y el escritor austral Eliécer Cárdenas.

Sobre dos textos quiero hacer especial énfasis. El primero es la elegía que la narradora Aminta Buenaño escribe para su esposo Juan Manuel, fallecido por culpa del (“la” insisten los españoles) Covid-19. Prosa poética desgarradora que encuadra la muerte de un ser querido y la impotencia que se siente al no poder hacer nada ante la implacable guadaña. El segundo es el fragmentarium poético de James Martínez sobre la pandemia. Se trata de versos de largo aliento con imágenes tremendistas sobre el año de la peste alineados bajo el título “Resplandor de explosión”. El oxímoron lo dice todo.

Hecha la presentación, bienvenidas sean todas las lecturas que se acerquen a este altar donde se funden los píxeles con las letras.

Marcelo Báez, PhD

Decano

Facultad de Arte, Diseño

y Comunicación Audiovisual

ESPOL



Poesía

Pan de Pandemia. James Martínez 10

La Canción de Penélope y Otros Poemas. Louise Glück 18

Entrevista

Cuestionario Proust-Pivot. Responde Dalton Osorno 42

Cuento

Madre de Uno. Arturo Cervantes 50

Microhamsters. Nuno Acosta 54

Novela (Fragmento)

El Ángel y su Sombra. Pablo Escandón 60

La Caracola de los Amantes. Lyla Boká 74

In Memoriam

Huellas de un Narrador. Matilde Cristina Velasco 90

Háblanos, Eliécer. Lola Márquez Soriano 92

La lección mortal que nos dejó el Covid-19. Aminta Buenaño 94

Miscelánea

Cincuenta Sombras de un Escritor. Abdón Ubidia 104

Palabras que te muerdan los ojos. Raúl Serrano 112

CONTENIDO

POE
SIA



PAN DE PANDEMIA

Resplandor
de explosión

JAMES MARTÍNEZ

Pandemia

*En este país adoramos un solo dios, su nombre: los dientes
apretados*

(Kafka, Aforismos dispersos)

11

El dios de los dientes apretados
Vive aquí
Cuando el tiempo se acumula
Y los días pierden el lugar y el nombre.

Los muertos proliferan
Y no hay pompas fúnebres (la ceniza
Es la opción)
Un cadáver se pierde nadie da razón
Y vaga por los cerros huérfano del mundo

(La gusanera acude sin ruido)
Los deudos mastican un sentido inverso
Su recamo no alcanza a explicar
La miseria del poder
Que no sabe lidiar con el dolor ajeno

Lo peor es el mal
El peso de la muerte
La sinrazón el desamparo
La usura repartiendo regalías que pudieron ser
Pruebas de contagio equipos mascarillas

Aquí esperamos con el gatillo listo en la garganta.
La rabia es anterior a las palabras

Gye. IV – 7 – 20

12 **Pandemia II**

Como animales voraces transcurren los días, cada uno con rostro desigual, con cadencia disonante: ayer creí que era domingo, y hoy es jueves. Todos con su aire vacío de día feriado eterno. Y noticias de suicidios (infectados que no quieren repartir la muerte), estadísticas de muertos de países que no cerraron la frontera a tiempo, hospitales colapsados, declaraciones tardías de funcionarios... “Llegará el momento en que tengamos que decidir a quién dejamos vivir...”. Y la sensación de muerte cerca, volando bajo por los techos bajo el sol apocalíptico, poniendo en su lugar los asuntos banales de la vida.

III-26-2020

Cuarentena: modos de enloquecer

“...Volviéndote loco en varias formas...”

(Rodrigo Fresán)

(Una).

Desconfiar del mundo y atacar.
Impertérrito y regido por el caos,
Las mentiras voladoras ya se agotan, caen.
Entonces irrumpir, interpelado por actores
Sin voz, sin boca, parálisis de espanto,
Pobre amenaza ya cantada, escritura
Que encontró su tono, tarde.
Todo va contra corriente, arrasando, delirando.

(Dos).

Despertarse, ir al espejo a corregir los gestos
Que el sueño moduló en persecuciones, besos dados
Mal, llanto sobre el difunto que mintió a la muerte,
Y entonces, listo: rostro planchado,
Rostro vestido que sale a saludar, muerto de miedo.

(Tres).

Confesar hablando rápido, al revés, jueces castigadores,
Sintaxis de risa torcida o reprimida, lengua que sueña
y entonces, el animal: hurga, troza, rasga y sangra. Aúlla.
Ya se unen las huestes vengadoras.

Muerte cerca

*Aquí espero, no se puede salir hoy, ni ayer.
Lento en la serena conciencia de una muerte
que ronda. Cómo vivir, con astuta estrategia
entre las cosas repetidas, y una espera que se
construye adentro, replegándose, aprendiendo
a desconfiar de estar aquí, con leves tareas de
creación manual, terceras lecturas de viejos
libros, y escribiendo, entre la música de huir y la
entropía de la memoria.*

*Espero espero, pienso traidor o antihéroe y no
quiero perder la inocencia de mirar la dudosa
verdad, aliada o trampa, babas de dios, algo
que no es vivir, oír por la radio cómo el mal se
expande, sentir la miseria cerca, desvelo por los
hijos lejos, esperando igual, incertidumbre.
Y ganas de ser bestia, ganar un tono de animal
desesperado al escribir, cómo será, pasar a
una gramática bestial, soñar en crímenes,
ser justiciero por curarme en salud, hacerme
el muerto y regresar tranquilo, -intenso por
dentro-, cazando intuiciones.
Ahora siento que el espacio se curva y regresa en
espiral, con un poco de miedo.*

V-21-20

Desde otra región

1

Aquí me quedo (dónde).
Me sacarán muerto
Soñando catedrales vanas
Utopía de sátiros en celo

Bacanal de dioses

2

Estar y no estar: vértigo y peligro (retoños de
relojes)
Regresos de la muerte.

3

Llegas con gestos o bromas
Con preguntas
Solo para que no me vaya
Por la puerta de escape de la cordura
Con mal de aire
Y cara de artista del hambre:
Ahora regreso te saludo y narro el viaje
Con rasguños y recados y víctimas
A cargo.

4

Por las rendijas vemos llegar
Columnas de seres cibernéticos
Disparando a los que no responden
A la voz de alerta.
Ya se arma el centro paranoico
Frente a la invasión valiente de los muertos.

5

Ya: tocan a la puerta
Tocan campanas por el mundo que arde.
Seres de lentes oscuros cazan animales mansos
Y preguntan con armas de tortura.
Afuera casi todo es mentira
Los titulares de los diarios gritan

Aprobando decretos para hambrear despacio.
Nadie dice nada nadie sabe todo es rumor
(a veces una migración monumental).
Por la calle van columnas de seres sin boca
Y mariposas de alas amarillo y azul
Entre cadáveres.

v-20

Pandemia III (versión abierta)

La forma se rompe al chocar con la vida.

(G. Lúkacs)

1

Sobremorimos a merced de las fundaciones de
beneficencia

14 En la ciudad virtual se debe obediencia
teletrabajo telemercado telemuerte

Todo a medias sin error contando los escasos
bienes

Semáforo simbólico para el colectivo
criminalizado por salir a traficar chucherías
convocado por el hambre Asimilando el golpe
con instinto asesino contra el mundo. Salir pero
con medio miedo medio cuerpo en el rincón y el
otro entre los mercaderes. Salen autos blindados
La TV pregona boletines urgentes de los medios
vinculados al gran K (mienten con retórica
impostada).

Salgo en medio cuerpo, articulaciones disparadas,
idónde mi oficio improvisado mi petardeo
soberbio!

2

Educación cívica: varios cadáveres en una misma
fosa. Órdenes contradictorias de funcionarios
cadavéricos. Tareas virtuales, compras en fila
con distancia prudente, medicinas por Skype: y
nosotros, toses nerviosas, abrazos con sudores
y sangre retenida. Pregonando mi producto a
rostros de palo que pasan en vehículos cubiertos
y me dejan el polvo. Nadie compra caramelos con
veneno

Cuando queda solo el vacío del cielo .

3

Calor calor calor sol incendiado del
calentamiento universal El humo de las
chimeneas de Exxon de Monsanto de Chevron
quemando el falso cielo hasta las nebulosas
pensativas

Humo tóxico agrediendo la diversidad colorida de
la selva

Calor. El sol de los burros torturando al vendedor
estoico que grita en su rabia chucherías
Sol de los pobres arde monumental fracaso hastío
Crónico dolor de cabeza de la doméstica que
vuelve a casa esperando a la sombra el autobús
calor que asfixia

El sol malo se ensaña da malos pensamientos
promesas criminales para cuando la cuarentena
acabe

Y los fiambres de las Corporaciones -bienestar
climatizado- crezcan a la sombra

Y los descuentos humanitarios nos vuelvan un
poco más pobres

Sol sol endiablado canicular para los que van a pie
Donación de la beneficencia municipal el Metro
bús que nunca llega

4

Tengo el bolsillo en llamas puñales para el mundo
Vienen los contaminados a tocar la puerta
con su respirador en la garganta Médicos
enmascarados Policías persiguiendo un criminal
con fundamento un dron ladrón de pan -
pandemia aguda. 576 muertos dice la voz oficial
antier (habla sin rostro) más de 10 000 muertos
contradice el new york times

Agonizan en los baños de un hospital todos se
han ido. solo quedan enfermeros desesperados
atrapados en un vértigo de cuerpos y un timbre
que suena interminable

5

En el cyber de la esquina entre compases de rap
un monitor vacío. Aquí en la comunidad salvaje
nuestro bastión de cerros hierve la danza de los
días cuando la vida estalla en carcajadas. Todo
ocurre sin orden aparente gritos obscenos de una
ventana a otra y una esquina que se pierde abajo
Todo amenaza a rostro descubierto besos lenguas
dientes risas y después un silencio alerta, “¡ya me
encarnizo!” grita palúdico el niño viejo infractor
de afilada cuchara bajo la piel, “¡un apoyo, tío!” -
dice- y se va odiando.

*(La ministra del interior delega: “todo será por
internet la vida cambia con la peste”)*

6

Pero aquí abajo hablamos un alfabeto donde el
cuerpo apremia todo es fricción que inventa el
fuego cuerpo a lengua que sale y rueda hasta la
esquina con burla subversiva
y el teléfono personal para multiplicar rumores
En este bastión bárbaro crecemos como un musgo
de coágulos y manos que se aquietan
Incertidumbre incertidumbre cuántos cadáveres
cuánto espacio vacío el día es una tarde amarilla
de estertores

La usura suena interfiriendo nuestras pequeñas
cosas:

nos roban sin elegancia lo que atesoramos.
Desde el palacio del horror funcionarios vacíos
conspiran mintiendo a los muertos
y nosotros asintomáticos infectados de muerte
lenta y larga espera
nos incendiamos entre el grito atravesado y el
peligro
bajo la mirada de la ley y el orden

7

(En tono de entrevista)

“Desconectado ya, analfabeto funcional de la
tecnología, el habitante tugurizado de vida
precaria terminará viviendo entre desechos de
máquinas, cementerios donde conciertan el
hambre animales pos mortem y el que mata vive.
Perro no come su igual, natura devastada. Así
aprenden lo que se llama resiliencia, blindaje de
la especie maltratada como sus selvas quemadas y
su alma. Y lo demás... ZZZZZZ... desechos.

“Fuera de todo, él, pre-moderno, anacrónico, salvaje, analfabeto funcional, llamado a reescribir el libreto del mutante: habitante de la periferia con transacciones precarias y costuras en la piel, otra noción de tiempo y territorio, animal superviviente puro. Así vamos, a morir cada vez, con fino olfato y sensibilidad nerviosa, a la trasvida, sobremuerte con desastre. Para volver con explosiones en el cuerpo: en gajos.)” .

8. (Arte de todo)

A. Esquizo no exquisito cuidado

Cadáver que promete maltratado o exhausto en los trabajos previos de la muerte Cadáver que baila brilla en su entusiasmo de animal con rigor mortis

homo nunca sapiens inconforme advertido recurrente:

(“No le devuelven el cadáver hasta que pague una factura de 67 mil. El hijo escribe en la pared la confusión la ira”).

Irreverente a todos los poderes el amor
El orden –dios sin lengua- dinero impalpable

B. Cadáver exquisito son todos los poemas la música del mundo

los cuerpos desnudos subversivos acezantes resplandecen como explosión florida

Manzanas de carne humana boletos para escapar del paraíso: suplicios gozosos de las víctimas de Sade

Dolor sin perdón negro humor diario amor tan libre y peligroso como el azar

Plumas de ojos collar de ojos parpadeantes en el cuello de cisne de una inválida
Ojos como escamas para el regreso del pez ciego

C. Y la importancia del oído atento para urdir el tono del poema

OH Pandemia escuela de vida los deshuesaderos de la ciudad su gente linda: migrantes de pecho abierto en canal harapos ampulosos y saludos compasivos para el arrogante

Dedos que aprietan con énfasis la nuez de Adán de un gran propietario armado

Después la lengua de los pájaros la lección impalpable de su dieta.

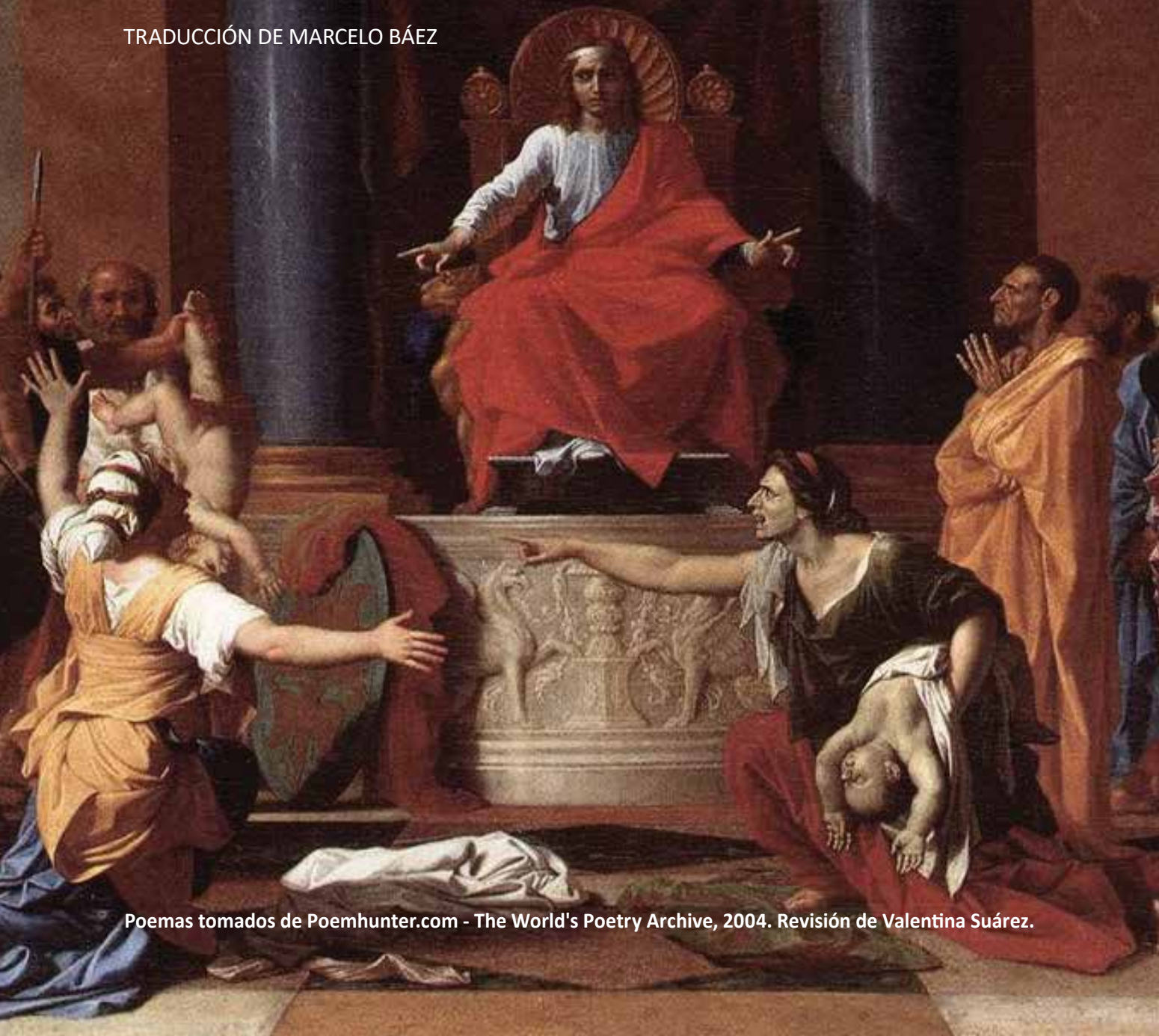
IV-29-2020



La Canción de Penélope y Otros Poemas

LOUISE GLÜCK

TRADUCCIÓN DE MARCELO BÁEZ



Poemas tomados de Poemhunter.com - The World's Poetry Archive, 2004. Revisión de Valentina Suárez.

Louise Glück (22 de abril de 1943) es una poeta, ensayista y académica estadounidense, ganadora del Premio Pulitzer de Poesía en 1993 y del Premio Nobel de Literatura en 2020. Nació en Nueva York, creció en Long Island y, actualmente, vive en Cambridge, Massachusetts. Ha escrito 11 libros de Poesía, incluyendo *Averno* (2006); *The Seven Ages* (2001); *Vita Nova* (1999), *Meadowlands* (1996); *The Wild Iris* (1992); *Ararat* (1990); y *The Triumph of Achilles* (1985). También ha publicado la colección de ensayos *Proofs and Theories: Essays on Poetry* (1994), por la que ganó el PEN/Martha Albrand Award for Nonfiction. En 1999 fue elegida Canciller de la Academia de Poetas Americanos. En 2001, la Universidad de Yale le otorgó el Premio Bollinger de Poesía, que se concede cada dos años para recompensar los logros de un poeta a lo largo de su vida. En 2003, fue nombrada 12^a poetisa laureada por la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos y designada jueza de la Yale Series of Younger Poets. Ha sido profesora titular de inglés en el Williams College de Williamstown, Massachusetts; y en la actualidad, imparte la cátedra de Literatura en la Universidad de Yale y Universidad de Boston. Es miembro de la Academia Americana y del Instituto de las Artes y las Letras.

A Fable

Two women with
the same claim
came to the feet of
the wise king. Two women,
but only one baby.
The king knew
someone was lying.
What he said was
Let the child be
cut in half; that way
no one will go
empty-handed. He
drew his sword.
Then, of the two
women, one
renounced her share:
this was
the sign, the lesson.
Suppose
you saw your mother
torn between two daughters:
what could you do
to save her but be
willing to destroy
yourself—she would know
who was the rightful child,
the one who couldn't bear
to divide the mother.

Una Fábula

Dos mujeres con
el mismo reclamo
llegaron a los pies del
rey sabio. Dos mujeres,
pero sólo un bebé.
El rey sabía
que alguien mentía.
Lo que dijo fue
Que el niño sea
cortado por la mitad; así
ninguna se irá
con las manos vacías. Él
sacó su espada.
Entonces, una de las dos
mujeres,
renunció a su parte:
esta fue
la señal, la lección.
Imagina
que vieras a tu madre
partida entre dos hijas:
qué podrías hacer
para salvarla sino estar
dispuesta a destruirte a ti misma
ella sabría
quién era la hija ilegítima
aquella que no podía tolerar
ver despedazada a su madre.

Afterword

Reading what I have just written, I now believe
I stopped precipitously, so that my story seems to
have been
slightly distorted, ending, as it did, not abruptly
but in a kind of artificial mist of the sort
sprayed onto stages to allow for difficult set
changes.

Why did I stop? Did some instinct
discern a shape, the artist in me
intervening to stop traffic, as it were?

A shape. Or fate, as the poets say,
intuited in those few long ago hours—

I must have thought so once.
And yet I dislike the term
which seems to me a crutch, a phase,
the adolescence of the mind, perhaps—
Still, it was a term I used myself,
frequently to explain my failures.
Fate, destiny, whose designs and warnings
now seem to me simply
local symmetries, metonymic

baubles within immense confusion—
Chaos was what I saw.
My brush froze—I could not paint it.
Darkness, silence: that was the feeling.
What did we call it then?
A “crisis of vision”; corresponding, I believed,
to the tree that confronted my parents,
but whereas they were forced
forward into the obstacle,
I retreated or fled—
Mist covered the stage (my life).
Characters came and went, costumes were
changed,
my brush hand moved side to side
far from the canvas,
side to side, like a windshield wiper.
Surely this was the desert, the dark night.
(In reality, a crowded street in London,
the tourists waving their colored maps.)
One speaks a word: I.
Out of this stream
the great forms—
I took a deep breath. And it came to me
the person who drew that breath
was not the person in my story, his childish hand
confidently wielding the crayon—

Had I been that person? A child but also
an explorer to whom the path is suddenly clear,
for whom
the vegetation parts—
And beyond, no longer screened from view, that
exalted
solitude Kant perhaps experienced
on his way to the bridges—
(We share a birthday.)
Outside, the festive streets
were strung, in late January, with exhausted
Christmas lights.
A woman leaned against her lover's shoulder
singing Jacques Brel in her thin soprano—
Bravo! the door is shut.
Now nothing escapes, nothing enters—
I hadn't moved. I felt the desert
stretching ahead, stretching (it now seems)
on all sides, shifting as I speak,
so that I was constantly
face to face with blankness, that
stepchild of the sublime,
which, it turns out,
has been both my subject and my medium.
What would my twin have said, had my thoughts
reached him?

Perhaps he would have said
in my case there was no obstacle (for the sake of
argument)
after which I would have been
referred to religion, the cemetery where
questions of faith are answered.
The mist had cleared. The empty canvases
were turned inward against the wall.
The little cat is dead (so the song went).
Shall I be raised from death, the spirit asks.
And the sun says yes.
And the desert answers
your voice is sand scattered in wind.

Preámbulo

Leyendo lo que acabo de escribir, ahora creo que me detuve precipitadamente, para que mi historia parezca ligeramente distorsionada, y que concluya, como lo hizo, no abruptamente sino en una especie de niebla artificial del tipo que se rocía en los escenarios para permitir los difíciles cambios de set.

¿Por qué me detuve? ¿Algún instinto distinguió una forma, al artista que hay en mí interviniendo para detener el tráfico, por así decirlo?

Una forma. O el destino, como dicen los poetas, intuyó en esas pocas horas de hace mucho tiempo—

Debo haber pensado así alguna vez. Y, sin embargo, no me gusta la expresión que me parece una muletilla, una fase, la adolescencia de la mente, quizás—

Sin embargo, era un término que yo mismo utilizaba, con frecuencia para explicar mis fracasos. La suerte, el destino, cuyos designios y advertencias

ahora me parecen simplemente simetrías locales, metonimias dentro de una inmensa confusión—

Lo que vi fue el caos. Mi pincel se entumeció, no pude pintarlo.

Oscuridad, silencio: así se sentía

¿Cómo lo llamamos entonces? Una “crisis de visión” concatenada, creí, al árbol que enfrentó a mis padres,

pero mientras ellos se sentían impulsados a ir hacia el obstáculo, yo retrocedí o hui—

La niebla cubría el escenario (mi vida). Los personajes iban y venían, los trajes se cambiaban, La mano con la que pinto se movía de lado a lado lejos del lienzo, de lado a lado, como un limpiaparabrisas.

Seguramente esto era el desierto, la noche oscura. (En realidad, una calle llena de gente en Londres, los turistas agitando sus mapas de colores).

Uno dice una palabra: Yo.

Fuera de esta corriente
las grandes formas-

Respiré profundamente. Y tuve la idea de
que la persona que lanzó ese respiro
no era la persona de mi historia, su mano infantil
empuñando con confianza el crayón.

¿Había sido yo esa persona? Un niño, pero también
un explorador al que el camino se le aclara de
repente, para el que
la vegetación se va abriendo...

Y más allá, ya no se ve, esa exaltada
solitud que tal vez experimentó Kant
en su camino hacia los puentes.
(Cumplimos años el mismo día.)

Fuera, las calles festivas
estaban colgadas, a finales de enero, de luces
navideñas agotadas.
Una mujer se apoyó en el hombro de su amante
cantando Jacques Brel en su tono fino de soprano—

Bravo, la puerta está cerrada.
Ahora nada escapa, nada entra—.

No me había movido. Sentí al desierto
extendiéndose hacia adelante, extendiéndose

(ahora parece)
en todos los lados, cambiando mientras hablo,

de modo que estaba constantemente
cara a cara con el vacío, ese
hijastro de lo sublime,

que, resulta,
ha sido tanto mi súbdito como mi medio.

¿Qué habría dicho mi mellizo, si mis pensamientos
hubiesen llegado a él?

Tal vez habría dicho
que en mi caso no había ningún obstáculo (por el
bien de la discusión)
después de lo cual me habría
referido a la religión, ese cementerio donde
se responden las preguntas de la fe.

La niebla se había despejado. Los lienzos vacíos
se volvieron hacia adentro, contra la pared.
El gatito está muerto (así iba la canción).

¿Seré resucitado de la muerte?, pregunta el espíritu.
Y el sol dice que sí.
Y el desierto responde
tu voz es arena esparcida por el viento.

Circe's Grief

In the end, I made myself
Known to your wife as
A god would, in her own house, in
Ithaca, a voice
Without a body: she
Paused in her weaving, her head turning
First to the right, then left
Though it was hopeless of course
To trace that sound to any
Objective source: I doubt
She will return to her loom
With what she knows now. When
You see her again, tell her
This is how a god says goodbye:
If I am in her head forever
I am in your life forever.

El sufrimiento de Circe

Al final, hice
Que tu esposa me conociera como
Una diosa lo haría, en su propia casa, en
Ítaca, una voz
sin cuerpo: ella
dejó de tejer, girando la cabeza
Primero a la derecha, luego a la izquierda
Aunque, por supuesto, era inútil
rastrear ese sonido en relación a cualquier
Fuente objetiva: Dudo
Que vuelva a su telar
Con lo que sabe ahora. Cuando
La veas de nuevo, dile
Que así se despide una diosa
Si estoy en su cabeza para siempre
Estoy en tu vida para siempre.

Circe's Power

I never turned anyone into a pig.
Some people are pigs; I make them
Look like pigs.
I'm sick of your world
That lets the outside disguise the inside. Your men
weren't bad men;
Undisciplined life
Did that to them. As pigs,
Under the care of
Me and my ladies, they
Sweetened right up.
Then I reversed the spell, showing you my
goodness
As well as my power. I saw
We could be happy here,
As men and women are
When their needs are simple. In the same breath,
I foresaw your departure,
Your men with my help braving
The crying and pounding sea. You think
A few tears upset me? My friend,
Every sorceress is
A pragmatist at heart; nobody sees essence who
can't
Face limitation. If I wanted only to hold you
I could hold you prisoner.

El poder de Circe

Nunca he convertido a nadie en un cerdo.
Algunas personas son cerdos; yo los hago
parecer cerdos.
Estoy harto de tu mundo
Que deja que el exterior disfrace el interior. Tus
hombres no eran malos
La vida indisciplinada
Les hizo eso. Como cerdos,
Bajo el cuidado mío
y el de mis damas, ellos
Se apaciguaron enseguida.
Entonces invertí el hechizo, mostrándoles mi
bondad
Así como mi poder. Vi que
Que podíamos ser felices aquí
Como lo son los hombres y las mujeres
Cuando sus necesidades son sencillas. Al mismo
tiempo,
Me anticipé a tu partida,
Tus hombres con mi ayuda desafiando
Al mar que llora enfurecido ¿Crees que
Que unas pocas lágrimas me alteran? Amigo mío,
Toda hechicera es
Una pragmática de corazón; nadie que ve la esencia
puede
Afrontar la limitación. Con sólo querer abrazarte
Podría retenerte, prisionero.

Circe's Torment

I regret bitterly
The years of loving you in both
Your presence and absence, regret
The law, the vocation
That forbid me to keep you, the sea
A sheet of glass, the sun-bleached
Beauty of the Greek ships: how
Could I have power if
I had no wish
To transform you: as
You loved my body,
As you found there
Passion we held above
All other gifts, in that single moment
Over honor and hope, over
Loyalty, in the name of that bond
I refuse you
Such feeling for your wife
As will let you
Rest with her, I refuse you
Sleep again
If I cannot have you.

El suplicio de Circe

Deploro amargamente
Los años de amarte, tanto en
Tu presencia como en tu ausencia, deploro
La ley, la vocación
Que me prohíbe conservarte, el océano
Una lámina de cristal, blanqueada por el sol
La belleza de los barcos griegos: cómo
Podría tener poder si
si no tuviera el deseo
de transformarte: así como
Amabas mi cuerpo,
Así como encontraste
El apasionamiento que teníamos por encima de
Todos los demás presentes, en ese único momento
Sobre el honor y la esperanza, sobre
La lealtad, en nombre de ese vínculo
Te objeto
Tal sentimiento hacia tu esposa
Mientras te permito
Yacer con ella, te objeto
Dormir de nuevo
Si es que no puedo poseerte.

Confession

To say I'm without fear--
It wouldn't be true.
I'm afraid of sickness, humiliation.
Like anyone, I have my dreams.
But I've learned to hide them,
To protect myself
From fulfillment: all happiness
Attracts the Fates' anger.
They are sisters, savages--
In the end they have
No emotion but envy.

Confesión

Decir que no tengo temor...
No sería cierto.
Tengo miedo a la enfermedad, a la humillación.
Como cualquiera, tengo mis sueños.
Pero he aprendido a ocultarlos,
Para protegerme
De la gratificación: todo júbilo
Atrae la furia de las Parcas.
Son hermanas, bestiales...
Al final no poseen
más emoción que la envidia.

28

First Memory

Long ago, I was wounded. I lived
to revenge myself
against my father, not
for what he was--
for what I was: from the beginning of time,
in childhood, I thought
that pain meant
I was not loved.
It meant I loved.

Primer Recuerdo

Hace mucho tiempo, me hirieron. Viví
para vengarme
contra mi padre, no
por lo que era...
sino por lo que yo era: desde el principio de los
tiempos,
en la infancia, pensé
que el dolor significaba
que no era amada.
Significaba que amaba.

Love Poem

There is always something to be made of pain.
Your mother knits.
She turns out scarves in every shade of red.
They were for Christmas, and they kept you warm
while she married over and over, taking you
along. How could it work,
when all those years she stored her widowed heart
as though the dead come back.
No wonder you are the way you are,
afraid of blood, your women
like one brick wall after another.

Poema de Amor

Siempre hay algo que se puede hacer con el dolor.
Tu madre teje.
Hace bufandas en todos los tonos de rojo.
Eran para Navidad, y te mantenían abrigado
mientras se casaba una y otra vez, llevándote
por ahí. ¿Cómo pudo funcionar,
cuando todos esos años guardó su viudo corazón
como si los muertos volvieran.
No me extraña que seas como eres,
con miedo a la sangre, a tus mujeres
como una pared de ladrillos tras otra.



Mother and Child

We're all dreamers; we don't know who we are.
Some machine made us; machine of the world, the
constricting family.

Then back to the world, polished by soft whips.

We dream; we don't remember.

Machine of the family: dark fur, forests of the
mother's body.

Machine of the mother: white city inside her.

And before that: earth and water.

Moss between rocks, pieces of leaves and grass.

And before, cells in a great darkness.

And before that, the veiled world.

This is why you were born: to silence me.

Cells of my mother and father, it is your turn
to be pivotal, to be the masterpiece.

I improvised; I never remembered.

Now it's your turn to be driven;

you're the one who demands to know:

Why do I suffer? Why am I ignorant?

Cells in a great darkness. Some machine made us;
it is your turn to address it, to go back asking
what am I for? What am I for?

Madre e hijo

Todos somos soñadores; no sabemos quiénes
somos.

Alguna máquina nos hizo; máquina del mundo, la
familia constrictiva.

Luego volvemos al mundo, pulido con suaves
flagelos.

Soñamos; no recordamos.

Maquinaria de la familia: piel oscura, bosques del
cuerpo de la madre.

Maquinaria de la madre: ciudad blanca dentro de
ella.

Y antes: tierra y agua.

Musgo entre las rocas, trozos de hojas y hierba.

Y antes, células en una gran oscuridad.

Y antes, el mundo velado.

Para esto has nacido: para silenciarme.

Células de mi madre y de mi padre, os toca
ser el eje, ser la obra maestra.

Yo improvisé; nunca me acordé.

Ahora es tu turno de ser conducido;

tú eres el que exige saber:

¿Por qué sufro? ¿Por qué soy ignorante?

Células en una gran oscuridad. alguna máquina
nos hizo;

es tu turno de encararlo y volver a preguntar

¿para qué estoy? ¿Para qué sirvo?

Odysseus' Decision

The great man turns his back on the island.
Now he will not die in paradise
nor hear again
the lutes of paradise among the olive trees,
by the clear pools under the cypresses. Time
begins now, in which he hears again
that pulse which is the narrative
sea, at dawn when its pull is strongest.
What has brought us here
will lead us away; our ship
sways in the tinted harbor water.
Now the spell is ended.
Give him back his life,
sea that can only move forward.

La decisión de Odiseo

El gran hombre le da la espalda a la isla.
Ahora no morirá en el paraíso
ni volverá a oír
los laúdes del paraíso entre los olivos
junto a los claros estanques bajo los cipreses. El
tiempo
comienza ahora, en el que vuelve a escuchar
ese pulso que es la narración
del mar, al amanecer, cuando su influjo es más
fuerte.
Lo que nos ha traído aquí
nos llevará lejos; nuestro barco
se balancea en el agua teñida de la bahía.
Ahora el embrujo ha terminado.
Devuélvele la vida,
mar que sólo puede moverse hacia adelante.



Parousia

Love of my life, you
Are lost and I am
Young again.
A few years pass.
The air fills
With girlish music;
In the front yard
The apple tree is
Studded with blossoms.
I try to win you back,
That is the point
Of the writing.
But you are gone forever,
As in Russian novels, saying
A few words I don't remember-
How lush the world is,
How full of things that don't belong to me-
I watch the blossoms shatter,
No longer pink,
But old, old, a yellowish white-
The petals seem
To float on the bright grass,
Fluttering slightly.
What a nothing you were,
To be changed so quickly
Into an image, an odor-
You are everywhere, source
Of wisdom and anguish.

Parousia

Amor de mi vida, tú
Te ha perdido y yo soy
Joven de nuevo.
Han pasado algunos años
El aire se llena
Con música de niña;
En el patio delantero
El manzano está
tachonado de flores.
Trato de recuperarte,
Ese es el fin
De la escritura.
Pero te has ido para siempre,
Como en las novelas rusas, diciendo
Unas palabras que no recuerdo-
Qué dadivoso es el mundo,
lleno de cosas que no me pertenecen.
Veo las flores romperse,
Ya no son rosáceas,
Sino viejas, viejas, de un blanco amarillento-
Los pétalos parecen
Flotar en la brillante hierba,
Revoloteando ligeramente.
Qué poca cosa eras,
Para ser transformado tan rápidamente
En una imagen, un olor-
Estás en todas partes, origen
De sapiencia y desazón.

Penelope's Song

Little soul, little perpetually undressed one,
Do now as I bid you, climb
The shelf-like branches of the spruce tree;
Wait at the top, attentive, like
A sentry or look-out. He will be home soon;
It behooves you to be
Generous. You have not been completely
Perfect either; with your troublesome body
You have done things you shouldn't
Discuss in poems. Therefore
Call out to him over the open water, over the bright
Water
With your dark song, with your grasping,
Unnatural song--passionate,
Like Maria Callas. Who
Wouldn't want you? Whose most demonic appetite
Could you possibly fail to answer? Soon
He will return from wherever he goes in the
Meantime,
Suntanned from his time away, wanting
His grilled chicken. Ah, you must greet him,
You must shake the boughs of the tree
To get his attention,
But carefully, carefully, lest
His beautiful face be marred
By too many falling needles.

El canto de Penélope

Pequeña alma, pequeña y perpetuamente desnuda,
Haz ahora lo que te pido, trepa
Al abeto por sus ramas como estantes;
Espera en la cima, atenta como
Un centinela o vigía. Pronto llegará a casa;
Te corresponde ser
Generosa. Tú tampoco has sido completamente
Perfecto; con tu cuerpo nebuloso
Has hecho cosas que no deberías
Discutir en la Poesía. Por eso
convócalo en las aguas abiertas, en las
deslumbrantes
Aguas
Con tu canción oscura, con tu anhelante
Apasionado, canto no natural,
Como María Callas. ¿Quién
No te querría tener ¿Cómo sería posible que
fracases
En atender el llamado del más péfido de los
apetitos?
Pronto él volverá de donde sea que haya ido en el
Entretanto
Bronceado por su tiempo de ausencia, deseando
Su pollo a la brasa. Ah, debes saludarlo,
Debes agitar las ramas del árbol
Para llamar su atención,
Pero con cuidado, con cuidado, no sea que
Su hermoso rostro se estropee
por la caída de demasiadas agujas.

Portrait

A child draws the outline of a body.
She draws what she can, but it is white all through,
she cannot fill in what she knows is there.
Within the unsupported line, she knows
that life is missing; she has cut
one background from another. Like a child,
she turns to her mother.
And you draw the heart
against the emptiness she has created.

Retrato

Una niña dibuja el contorno de un cuerpo.
Dibuja lo que puede, pero todo es blanco,
no puede rellenar lo que sabe que está ahí.
Dentro de la línea sin soporte, ella sabe
que falta vida; ha eliminado
el fondo de otro cuerpo. Como un niño,
se dirige a su madre.
Y dibuja el corazón
contra la vacuidad que ella ha creado.



Siren

I became a criminal when I fell in love.
Before that I was a waitress.
I didn't want to go to Chicago with you.
I wanted to marry you, I wanted
Your wife to suffer.
I wanted her life to be like a play
In which all the parts are sad parts.
Does a good person
Think this way? I deserve
Credit for my courage--
I sat in the dark on your front porch.
Everything was clear to me:
If your wife wouldn't let you go
That proved she didn't love you.
If she loved you
Wouldn't she want you to be happy?
I think now
If I felt less I would be
A better person. I was
A good waitress.
I could carry eight drinks.
I used to tell you my dreams.
Last night I saw a woman sitting in a dark bus--
In the dream, she's weeping, the bus she's on
Is moving away. With one hand
She's waving; the other strokes
An egg carton full of babies.
The dream doesn't rescue the maiden.

Sirena

Me convertí en criminal cuando me enamoré.
Antes de eso era una camarera.
No quería ir a Chicago contigo.
Quería desposarte, quería
que tu mujer sufriera.
Quería que su vida fuera como una obra de teatro
En la que todas las partes son tristes
¿Acaso una buena persona
Piensa así? Me merezco
El crédito por mi arrojo--
Me senté en la oscuridad de tu porche.
Todo estaba claro para mí:
Si tu esposa no te dejaba ir
Eso indicaba que no te amaba
Si ella te amaba
¿Acaso no querría ella que fueras feliz?
Ahora pienso
Si sintiera menos sería
Una mejor persona. Yo era
Una buena camarera.
Podía llevar ocho bebidas.
Solía contarte mis sueños.
Anoche vi a una mujer sentada en un autobús
oscuro...
En el sueño, ella está sollozando, el autobús en el
que está
Se aleja. Con una mano
Ella está saludando; con la otra acaricia
Una caja de huevos llena de bebés.
El sueño no rescata a la criada.

The Butterfly

Look, a butterfly. Did you make a wish?
You don't wish on butterflies.
You do so. Did you make one?
Yes.
It doesn't count.

The Garden

36 The garden admires you.
For your sake it smears itself with green pigment,
The ecstatic reds of the roses,
So that you will come to it with your lovers.
And the willows--
See how it has shaped these green harm
Tents of silence. Yet
There is still something you need,
Your body so soft, so alive, among the stone
animals.
Admit that it is terrible to be like them,
Beyond harm.

La Mariposa

Mira, una mariposa. ¿Has pedido un deseo?
No se piden deseos a las mariposas.
Tú lo haces. ¿Has pedido uno?
Sí.
No cuenta.

El Jardín

El jardín te admira.
Por ti se recubre de pigmento verde,
los rojos jubilosos de las rosas,
Para que vengas a él con tus amantes.
Y los sauces...
Mira cómo le han dado forma a estas verdosas
Tiendas de silencio. Sin embargo,
Todavía hay algo que necesitas,
Tu cuerpo tan suave, tan vivo, entre los animales de
piedra.
Admite que es terrible ser como ellos,
Más allá de la herida.

The Triumph Of Achilles

In the story of Patroclus
no one survives, not even Achilles
who was nearly a god.
Patroclus resembled him; they wore
the same armor.
Always in these friendships
one serves the other, one is less than the other:
the hierarchy
is always apparant, though the legends
cannot be trusted--
their source is the survivor,
the one who has been abandoned.
What were the Greek ships on fire
compared to this loss?
In his tent, Achilles
grieved with his whole being
and the gods saw
he was a man already dead, a victim
of the part that loved,
the part that was mortal.

El triunfo de Aquiles

En la historia de Patroclo
nadie sobrevive, ni siquiera Aquiles
que era casi un dios.
Patroclo se parecía a él; llevaban
la misma armadura.
Siempre en estas amistades
uno sirve al otro, uno es menos que el otro:
la jerarquía
es siempre aparente, aunque las leyendas
no son de fiar..
su fuente es el sobreviviente,
el que ha sido abandonado.
¿Qué eran los barcos griegos en llamas
en comparación con esta pérdida?
En su tienda, Aquiles
se afligió con todo su ser
y los dioses vieron
que era un hombre ya muerto, una víctima
de la parte que amaba,
la parte que era mortal.

Vita Nova

You saved me, you should remember me.
The spring of the year; young men buying tickets
for the ferryboats.
Laughter, because the air is full of apple blossoms.
When I woke up, I realized I was capable of the
same feeling.
I remember sounds like that from my childhood,
laughter for no cause, simply because the world is
beautiful,
something like that.
Lugano. Tables under the apple trees.
Deckhands raising and lowering the colored flags.
And by the lake's edge, a young man throws his hat
into the water;
perhaps his sweetheart has accepted him.
Crucial
sounds or gestures like
a track laid down before the larger themes
and then unused, buried.
Islands in the distance. My mother
holding out a plate of little cakes—
as far as I remember, changed
in no detail, the moment
vivid, intact, having never been
exposed to light, so that I woke elated, at my age
hungry for life, utterly confident—
By the tables, patches of new grass, the pale green
pieced into the dark existing ground.
Surely spring has been returned to me, this time
not as a lover but a messenger of death, yet
it is still spring, it is still meant tenderly.

Vita Nova

Me salvaste, deberías recordarme.
La primavera del año; jóvenes comprando billetes
para los ferrys.
Risas, porque el aire está lleno de flores de
manzano.
Cuando me desperté, me di cuenta de que era capaz
de sentir lo mismo.
Recuerdo sonidos así de mi infancia,
la risa sin causa, simplemente porque el mundo es
hermoso,
algo así.
Lugano. Mesas bajo los manzanos.
Los marineros izan y bajan las banderas de colores.
Y a la orilla del lago, un joven lanza su sombrero al
agua;
quizás su enamorada le ha aceptado.
Sonidos o gestos cruciales como
una pista colocada antes de los grandes temas
y luego inutilizadas, enterradas.
Islas en la distancia. Mi madre
que sostiene un plato de pequeños pasteles...
por lo que recuerdo, no ha cambiado
detalle alguno, el momento
vívido, intacto, sin haber sido nunca
expuesto a la luz, de modo que me desperté
eufórico, a mi edad
hambriento de vida, totalmente confiado.
Junto a las mesas, parches de hierba nueva, el
verde pálido
que se ha incorporado a la existente tierra oscura.
Seguramente la primavera ha vuelto a mí, esta vez
no como amante sino como mensajera de la
muerte, sin embargo
sigue siendo la primavera, persiste la intención de
ternura.

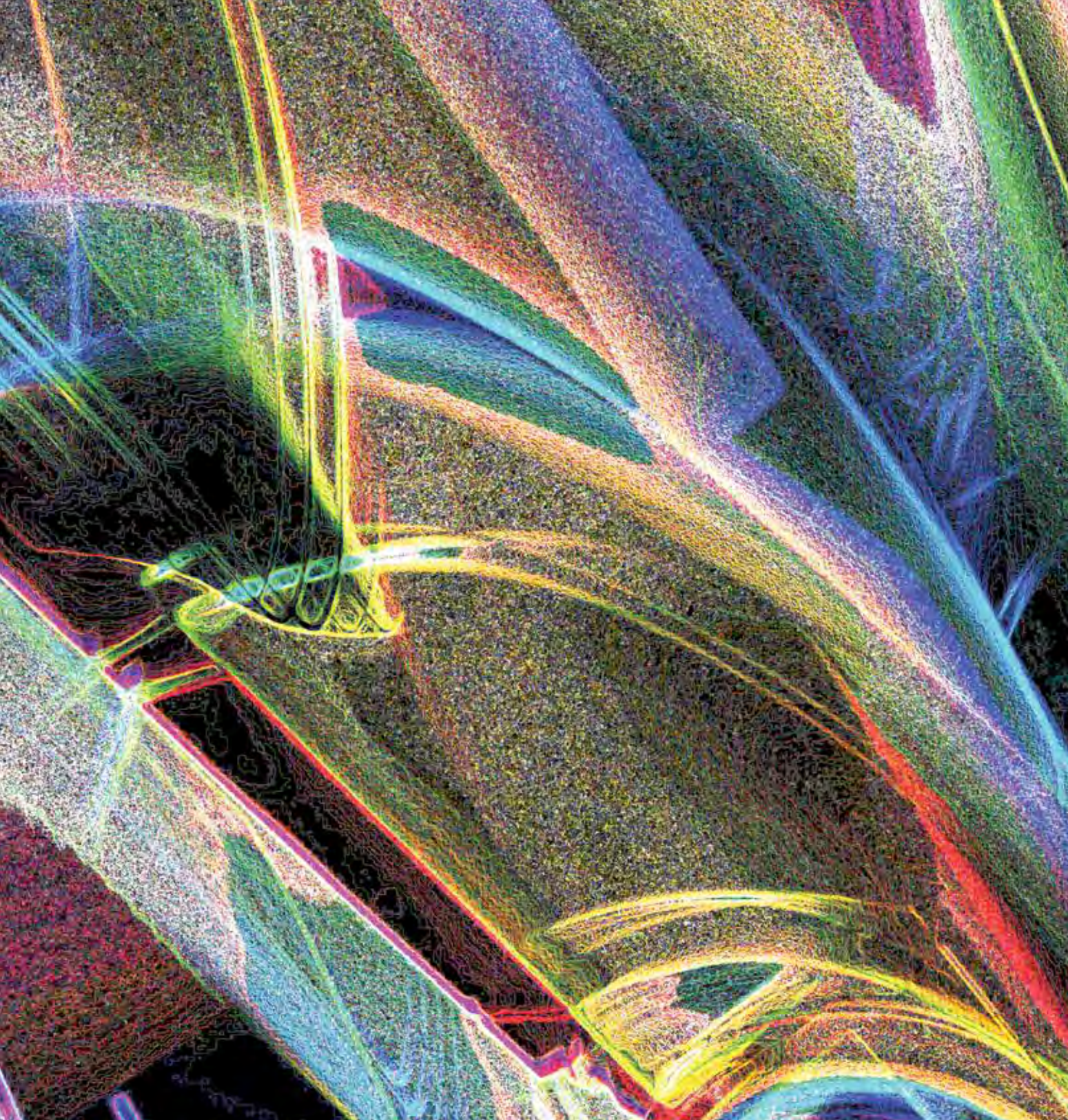
The Wish

Remember that time you made the wish?
I make a lot of wishes.
The time I lied to you
about the butterfly. I always wondered
what you wished for.
What do you think I wished for?
I don't know. That I'd come back,
that we'd somehow be together in the end.
I wished for what I always wish for.
I wished for another poem.

El Anheló

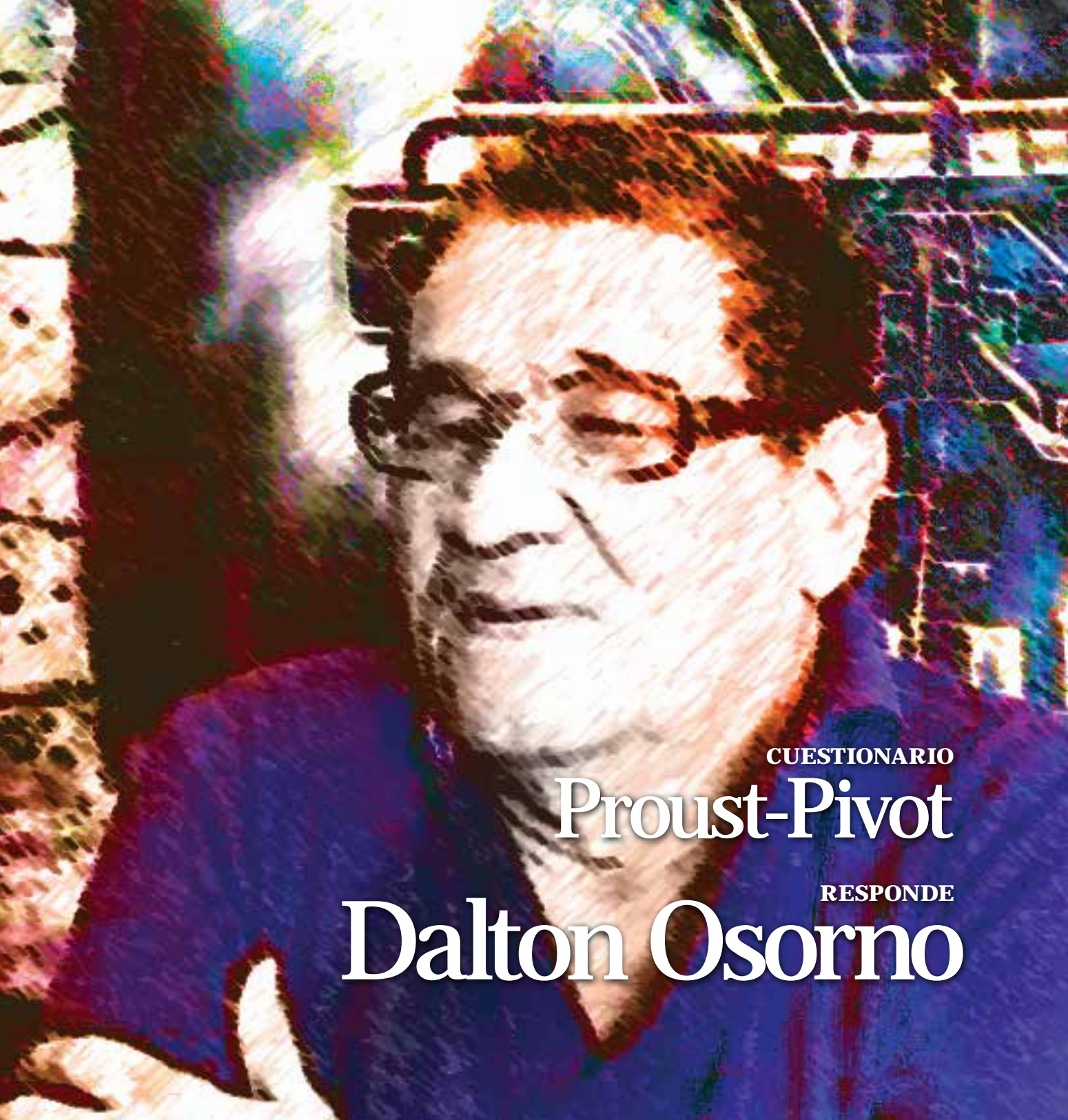
¿Recuerdas aquella vez que pediste un deseo?
Yo pido muchos deseos.
La vez que te menté
sobre la mariposa. Siempre me pregunté
qué habías deseado.
¿Tú qué crees que desee?
No lo sé. Que volviera,
que de alguna manera estuviéramos juntos al final.
Deseé lo que siempre deseo.
Deseé otro poema.







ENTRE
REVISTA



CUESTIONARIO

Proust-Pivot

RESPONDE

Dalton Osorno

M

arcel Proust, el más entrañable y exquisito de los novelistas, llenó un cuestionario cuando era adolescente que pasaría a la historia, con algunas modificaciones, como el “cuestionario de Proust”. El cuestionario fue dado a Proust por su amiga Antoinette Faure, la hija del presidente de Francia, como parte de su “álbum de confesiones”, lo que el sitio Brain Pickings llama “la versión victoriana de los tests de personalidad actuales”.

Las preguntas forman un espectro bastante completo de la personalidad, desde las aspiraciones hasta la sensibilidad y, con el alto linaje de Proust, fueron retomadas por el conductor de televisión Bernard Pivot, quien administró el cuestionario a sus invitados, como una especie de lubricante. Más tarde la revista Vanity Fair lo incorporó con éxito.

Originalmente Proust había respondido a menos preguntas (las cuales fueron redactadas originalmente en inglés), pero ya teniendo más de 20 años respondió a un cuestionario similar con algunas añadidas.

La pregunta 31 y siguientes están basadas en el cuestionario que James Lipton hizo popular en su Inside the Actors Studio, y que originalmente proviene de Bernard Pivot, un periodista francés cuyo programa “Bouillon de Culture” inspiró a Lipton,

01. ¿Principal rasgo de su carácter?

Extrovertido, muy abierto y aparentemente tolerante

02. ¿Qué cualidad aprecia más en un hombre?

Fortaleza, lucidez y creatividad.

03. ¿Y en una mujer?

De las admiradas varonas de la vida, su mayor cualidad, con los versos del bardo irlandés William Butler Yeats, digo:

¡Qué le sea otorgada la hermosura!
Pero no la hermosura que enloquece
a quien la mira, o su propia dueña
cuando está ante el espejo...
Yo la quería docta, sobre todo...

—Docta en el juicioso entendimiento.

04. ¿Qué espera de sus amigos?

Aceptarnos tal y como somos, porque así enseña la convivencia, y el libro Elogio de la amistad de Tahar Ben Jelloun la define precisamente: "La amistad es una religión sin Dios, sin juicio final y sin diablo".

05. ¿Su principal defecto?

Quizás ser o creer ser extremadamente crédulo e ingenuo.

06. ¿Su ocupación favorita?

La Literatura a tiempo completo.

07. ¿Su ideal de felicidad?

Entendimiento, respeto, equilibrio, paz y amor.

08. ¿Cuál sería su mayor desgracia?

¡Desgracia!, gracia de mis desgracias: quedarme ciego y no poder leer y escribir.

09. ¿Qué le gustaría ser?

Músico: director de orquesta.

10. ¿En qué país desearía vivir?

En Ecuador y Francia alternadamente.

11. ¿Su color favorito?

Azul, sobremanera el azul del límpido cielo.

12. ¿La flor que más le gusta?

El *Cestrum nocturnum*, que tiene dos nombres: galán de noche o dama de noche, por su presencia, simbología, valor, brevedad y fragancia.

13. ¿El pájaro que prefiere?

El cóndor andino.

14. ¿Sus autores favoritos en prosa?

Tarea inconclusa: Las mil noches y una

noche, Homero, Petronio, Virgilio, Aristóteles, Cervantes, Dostoyevski, Poe, Kafka, Joyce, Faulkner, Marqués de Sade, Virginia Woolf, Sartre, Simone de Beauvoir, Roland Barthes, Tzvetan Todorov, Jean Genet, Henry Miller, Rulfo, Borges, Cortázar, Cabrera Infante, Fuentes, Vargas Llosa, Rubem Fonseca... – novelas ecuatorianas: Las cruces sobre el agua, Baldomera, Entre Marx y una mujer desnuda, La Linares, Polvo y ceniza...– Allí: la parca crueldad de nóminas, tributos y memoria.

15. ¿Sus poetas?

Respuesta compleja: Safo, Ovidio, Catulo, Dante Alighieri, Shakespeare, Góngora, Baudelaire, Rimbaud, Blake, Rilke, Breton, Apollinaire, Celan, Whitman, Emily Dickinson, T. S. Eliot, Ezra Pound, Cavafis, Yeats, Pessoa, Irwin Allen Ginsberg, Mayakovski, Vallejo, Neruda, Lezama Lima, Paz, José Emilio Pacheco, Parra, Cardenal... –bardos nuestros: Gangotena, Dávila Andrade y Hugo Mayo– No debemos desnudar la bibliografía lírica personalísima.

16. ¿Un héroe de ficción?

Robin Hood.

17. ¿Una heroína?

Sin lugar a dudas: Manuela Sáenz de Vergara y Aizpuru o como le decía Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto “la insepulta de Paita”.



18. ¿Su compositor favorito?

Desde que guardo-resguardo oído musical
consciente: Ludwig van Beethoven

19. ¿Su pintor preferido?

Quizás Pablo Picasso el de Las señoritas de
la calle Avignon o Gustave Courbet en El origen
del mundo y El taller del pintor. También Amadeo
Modigliani.

20. ¿Su héroe de la vida real?

El general Eloy Alfaro Delgado.

21. ¿Su nombre favorito?

Amada: esposa, amante, compañera.

22. ¿Qué hábito ajeno no soporta?

Irresponsabilidad.

23. ¿Qué es lo que más detesta?

Discriminación total, porque niega el respeto,
equilibrio e igualdad.

**24. ¿Una figura histórica que le ponga mal
cuerpo?**

Los tiranos y déspotas de la historia que
gobernaron en Ecuador y el mundo entero.

25. ¿Un hecho de armas que admire?

La fortaleza de los camaradas guerrilleros de
la Revolución Cubana.

26. ¿Qué don de la naturaleza desearía poseer?

El fuego, el fuego hacedor de todo en la tierra
de mortales.

27. ¿Cómo le gustaría morir?

Infarto fulminante y dormido.

28. ¿Cuál es el estado más típico de su
ánimo?

Alegre, nervioso y aguzado.

29. ¿Qué defectos le inspiran más
indulgencia?

Parecería que mi campo visual y experiencias
de la duración no han dado con los defectos e
indulgencias, quizás, se podría pensar en los
temores para hacer y conseguir algo imposible,
pero el poeta cubano Lezama Lima, enhorabuena,
afirmó: "Sólo lo difícil es estimulante".

30. ¿Tiene un lema?

"Hasta en los sueños me miento", pues así
somos los escritores de la ficción novelada y
poética también.

31. ¿Cuál es su palabra favorita?

Escribir, siempre poder ver para escribir y
volver a escribir.

32. ¿Cuál es la palabra que menos le
gusta?

Felonía como idea y acción.

33. ¿Qué es lo que más le causa placer?

Leer y releer un nuevo libro: poesía, narrativa, teatro, ensayo, historia..., con una taza de café colado o una copa de vino tinto.

34. ¿Qué es lo que más le desagrada?

La vulgar fanfarronería y/o estulticia humana.

35. ¿Cuál es el sonido o ruido que más placer le produce?

Percibir el grano de la voz de mi esposa en las mañanas, el trinar de las aves al amanecer o el vaivén de las olas en la mar océano.

36. ¿Cuál es el sonido o ruido que le aborrece escuchar?

Todo tipo de explosión que altere mis oídos y sistema nervioso. También el uso indebido del claxon en cualquier parada, estacionamiento, zona cebra o semáforo.

37. ¿Cuál es su mala palabra favorita?

Puta y puta madre e irónicamente escribí una novela sobre ellas, Crónica para jaibas y cangrejos, para las hurgamanderas de la ciudad del grande río y el salobre estero.

38. Aparte de tu profesión ¿qué otra profesión le hubiese gustado ejercer?

Músico, pianista o violinista, pero en la Escuela de Ciegos, Colegio Vicente Rocafuerte, Coro de la Universidad y Conservatorio de Música en Santiago de Guayaquil, aunque descubrieron mi

oído musical era ciego-sordo.

39. ¿Qué profesión nunca ejercería?

Abogacía, la mala abogacía que trastoca leyes y libertades.

40. ¿Su droga favorita?

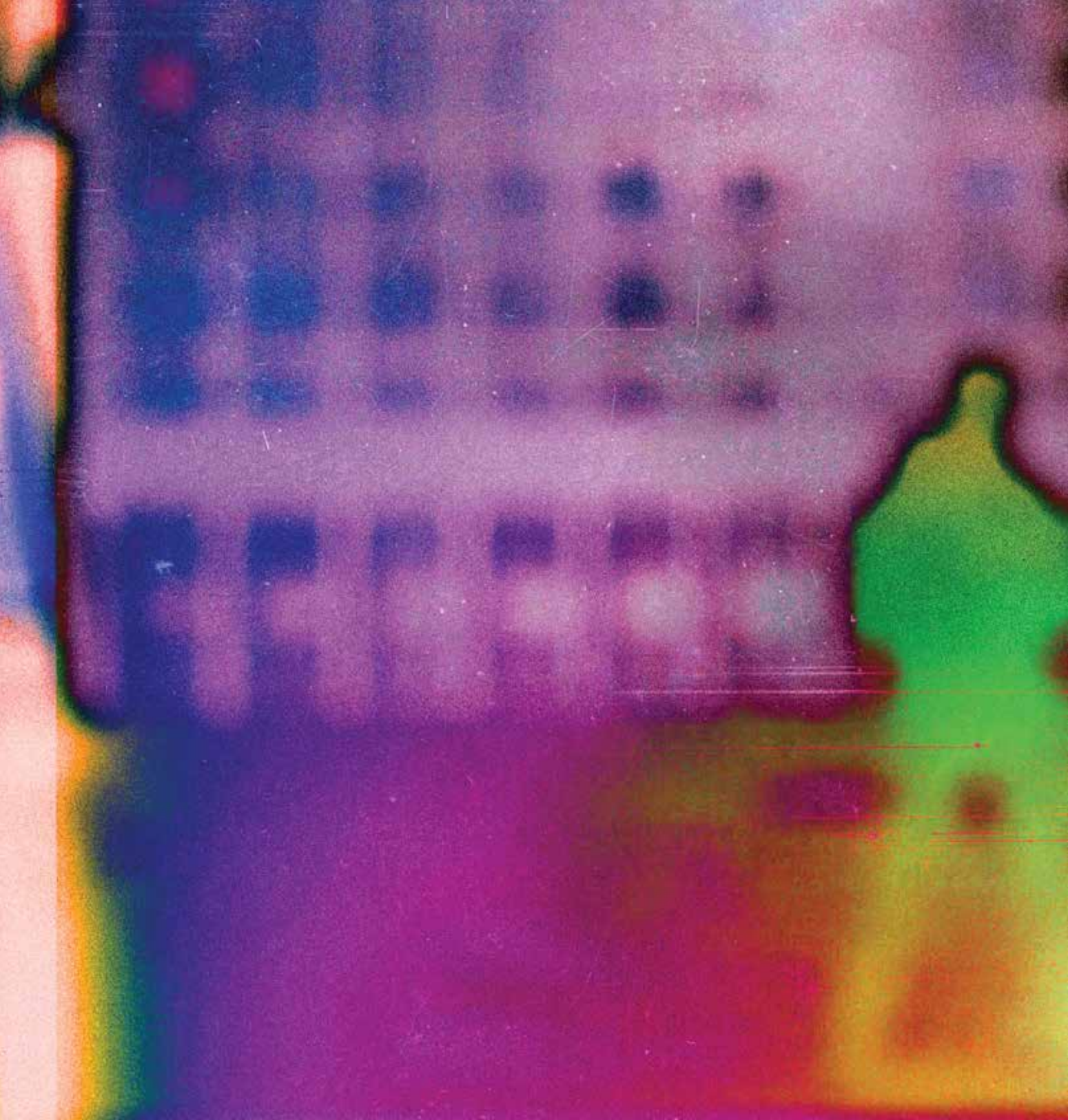
Desde siempre el café, y prefiero el de mi tierra de origen, Jipijapa, donde se produce el mejor café de aroma, de una calidad equiparable a la de los sombreros de paja toquilla.

41. Si reencarnaras en planta o animal, ¿qué serías?


Perro y las iniciales de mi nombre dan DOG.

42. Si el Cielo existiera y se encontrara con Dios en la puerta, ¿qué le gustaría que Dios le dijera al llegar?

Dalton, no te esperábamos, empero llegaste a tiempo con fe y acto de contrición.



CUE NIO

An abstract artwork featuring a dark, textured background. Overlaid on this are several white, multi-layered outlines that form a complex, organic shape, possibly resembling a stylized figure or a map. The outlines are filled with vibrant, multi-colored patterns, including reds, blues, yellows, and greens, creating a sense of depth and movement. The overall effect is that of a layered, almost crystalline structure.

Madre de UNO

ARTURO CERVANTES

V

erá. Mis ñaños y yo salíamos ajuerita de la casa cada cinco minutos, solo un ratito nomás pa'coger aire. Y luego vuelta entrábamos dentro a la casa con la nariz tapada. Con esas pinzas de colgar la ropa mojada nos apretábamos bien duro pa'que no entre olor, aunque igual se metía. Salíamos de casa, volvíamos a entrar, vuelta salíamos: así varias veces, verá. Dios me perdone, yo sé que la-madre-de-uno es la-madre-de-uno, pero la plena no aguantábamos adentro demasiado tiempo y eso que, amigo, le cuento que el ventilador de piso estaba prendido a full y las ventanas bien abiertísimas pa'que el viento juerte saque todo pa'juera.

(Y ella siempre gustaba mucho de estar tan perfumadita y bañadita. En el barrio, ya de lejos, se hacía reconocer por oler riquísimo. ¡Y mire cómo jue a terminar!).

Llamábamos a las funerarias, al 911 (que dizque está pa'yudar a uno, pero mentira es eso porque no ayuda a uno cuando uno lo necesita). ¡Nadie que contestaba, nadie que venía a llevársela! Algunos vecinos se asomaban a sus ventanas, o salían a sus puertas, y gritaban y chiflaban pa'que venga cualquiera a acolitar porque también tenían a los suyos dentro de sus casas y nada que venían a llevárselos tampoco a los de ellos. Hasta que se me prendió el foco, ¡a lo bien!, y me dije que era ella, mi madre, la que tenía que salir, cosa que llame la atención. Y como no estaba en condiciones de caminar, había que sacarla. La envolví en una sábana, su preferida, esa de cuadrados morados. Y como estaba pesada y solo no podía, la cargamos junto con mi ñaño mayor. Hasta la esquina de nuestra calle la llevamos porque había una banca de vereda. La acostamos ahí con un parasol de Pantene, no vaya a ser que el hijueputa sol...

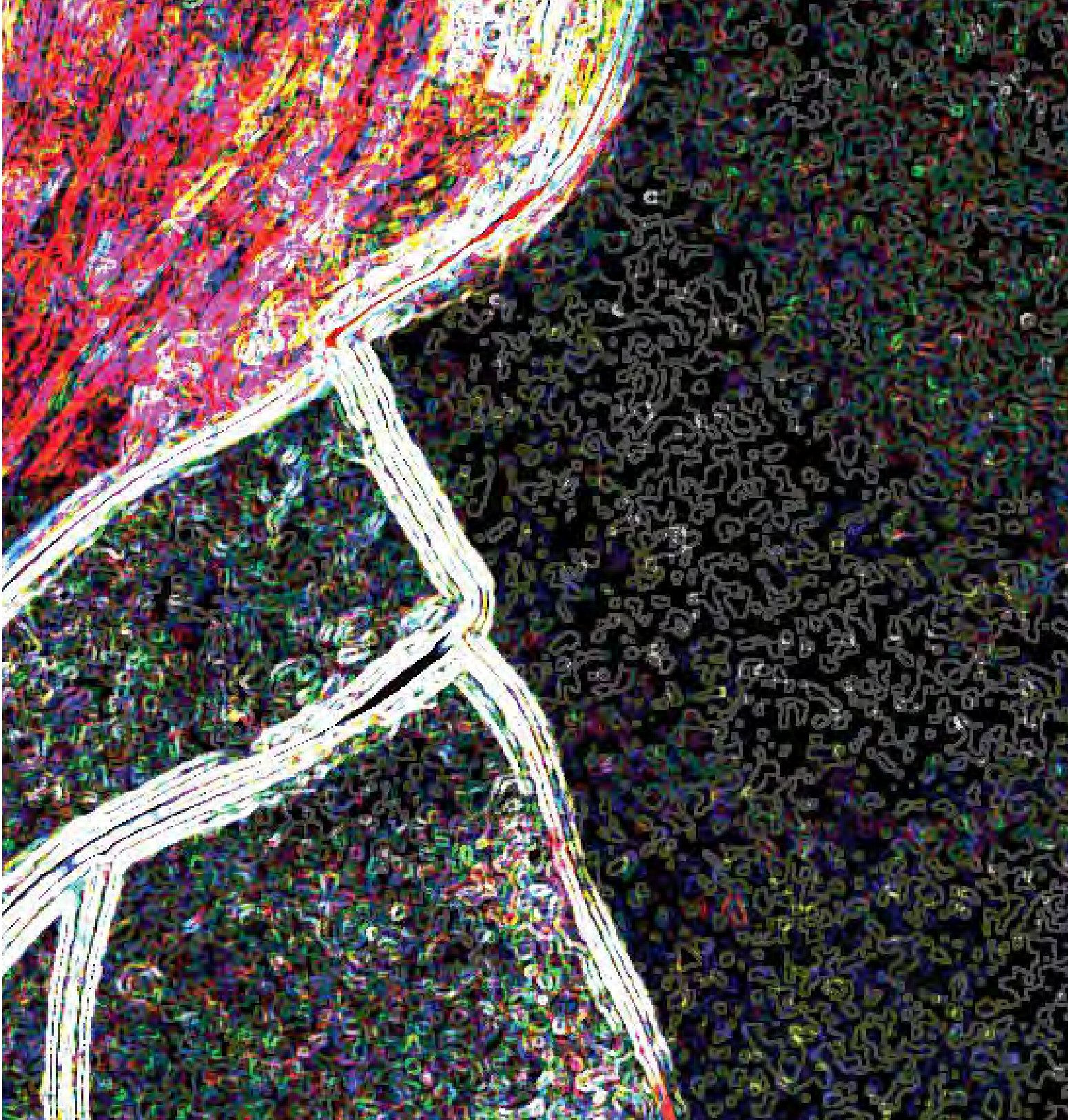
El vecino de la esquina, Colorado como le dicen, como le decimos mis ñaños y yo también, nos vio y que había que escribir algo en un cartel, dijo. Al rato nomás jue corriendo a su casa y regresó de una con la cartulina blanca bien grandota y marcador negro. Yo escribí: Hemos llamado al 911 y no hay ayuda. La gente no se acercaba a mi madre porque tenían miedo de contagiarse y además quién va a

aguantar semejante cosa que se metía a la nariz. No les culpo: el estómago di'uno se revolvió durísimo y las náuseas venían solitas nomás. Era como leche que se deja por descuido varios días fuera de la refri y se pudre: así mismo era. Yo nunca me voy olvidar de'eso. Así que de lejitos la veían todos y hasta allá llegaba la cosa y uno se aguantaba la respiración pa'no tener que oler, pero igual olía.

Un carro de los pacos se parqueó al pie de la banca. Y más vecinos enseguida salieron de sus casas y trajeron a los suyos cargados en brazos, pa'enseñarlos y que se los lleven también. Nos amontonamos al pie del carro a los empujones. Y que hagan algo, que se los lleven, les gritábamos a los dos pacos. Y empezamos a rodear el carro pa'cerrarlos y no darles chance que se escapen. El paco que no manejaba bajó el vidrio y dijo que ya van a llamar a refuerzos pa'llevarse a los nuestros. Aceleraron y tuvimos que abrirnos porque nos iban a atropellar los desgraciados.

Los vecinos regresaron a los suyos a las casas. Pero nosotros nos quedamos en la banca con mi madre. Y ya estaba oscureciendo y nadie que venía. Con mis hermanos nos turnábamos toda la madrugada pa'cuidarla y no dejarla sola ahí en el banco. Uno nace aquí desconfiado, yo creo que la ciudad es la que lo hace a uno así, por eso siempre andamos a las defensivas, cuidándonos solos porque ¿o si no quién? Por eso no queríamos dejarla sola, ponte que alguien se la lleve y ya si se la llevan nadie da razón porque aquí nunca nadie da razón. Esta es tierra de nadie. Sálvese quien pueda. Siempre ha sido así.

En la mañana vino el carro de la funeraria. Nos querían cobrar una millonada pa'llevarse a los nuestros: acá todo es negocio, desde que uno nace hasta que muere te quieren sacar lo que tienes. Y lo que no tienes también. Nosotros no teníamos, pero entre todos, con los vecinos, empezamos a juntar de a quina, de a zota, y al rato ya teníamos alquilo pa'pagarles a los de la funeraria. Y luego sí, con el billete en mano, dejaron que subamos al carro a todos los nuestros. Y se los llevaron. Ahí se iba mi madre con doña Gladis, con don Galo... yo la veía irse. Pero jue como si no se la hubiesen llevado porque en el barrio quedó por varias horas más esa como leche que está podrida y eso que leche ella nunca tomaba porque le caía mal.





WHO

MAYILN

SOUP

ZZ

MICRO HAMSTERS

NUNO ACOSTA

55

C

uando amanecieron en nuestra bañera nos causó más ternura que consternación, pero cuando nos enteramos que había ocurrido en todo el mundo al mismo tiempo nos pareció tan extraño que ese día los dos decidimos faltar al trabajo. Mi novia Moma y yo nos dedicamos a trabajos muy diferentes. Aún no pensábamos tener hijos, pero una mascota no habíamos considerado y estos 3 microhamsters necesitaban un papá y una mamá.

Eran hamsters tan pequeños que entraban en la palma cerrada de la mano de mi novia y les alcanzaba espacio para correr y brincar. Eran tan pero tan pequeños que no podíamos creerlo. Pasamos todo el día en pijamas mirando muy de cerca estos extraños ratoncillos. Moma trajo su lupa y nos dedicamos a sobarlos con nuestros dedos meñiques. Hasta ese momento siempre había pensado que este dedo no servía para nada.

Al día siguiente parecieron haber crecido un poquito más. En el trabajo era lo único que se hablaba, supimos del conserje que sufrió un infarto al darse cuenta que su nieto se había comido 5 de sus microhamsters. En la tele los científicos hablaban de un virus que da vida a estos pequeños animales, que al parecer son asexuales. Muchos habían decidido llevar los suyos a la oficina y nos apenamos cuando Mimi, la practicante, perdió uno en el lavabo.

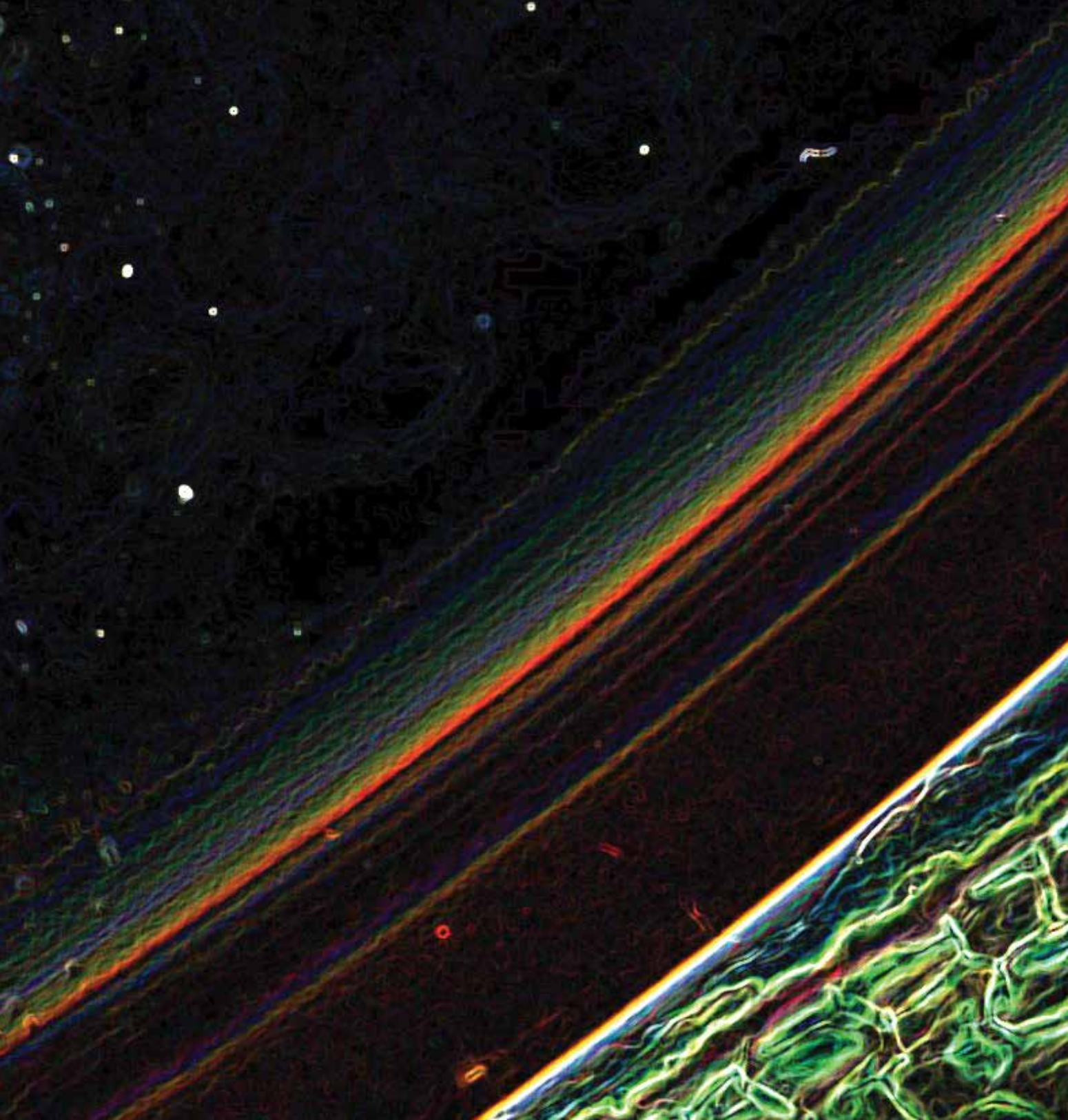
Una semana después nuestro temor empezó a crecer, como lo habían hecho nuestras mascotas. Y no lo dejaron de hacer jamás. Nosotros sólo teníamos 3, que para el mes eran del tamaño de chanchos recién nacidos, pero nuestro vecino Abel, que había colectado 71, había sido abandonado por su esposa cuando este se rehusó a sacrificarlos.

Sacrificio era la palabra que todos temíamos pronunciar. Los científicos se habían vuelto a reunir y analizar que además de ser asexuales, los macrohamsters no producían ninguna sustancia proteica benéfica para el ser humano y su carne podría llegar a ser venenosa.

El gobierno empezaba a preparar un plan

de contingencia. A las 2 semanas dejamos todos nuestros trabajos pues era emergencia mundial deshacernos de esta plaga. Nuestros 3 monstruosos megahamsters eran del tamaño de bueyes adultos y habíamos escuchado rumores que uno se había comido un niño en Batallón del Guasmo. Habían tapado la cuenca del río Jubones con los cuerpos de los primeros que empezaron a ser sacrificados en el país, lo que derivó en inundaciones en la zona. Al parecer sacrificarlos producía una serie de terribles accidentes en la zona. Los franceses que fueron los primeros en hacer un exterminio total de la raza de megahamsters fue atacada por tal cantidad de fenómenos cataclísmicos que no nos dejó duda, matarlos ocasionaría el fin del mundo.

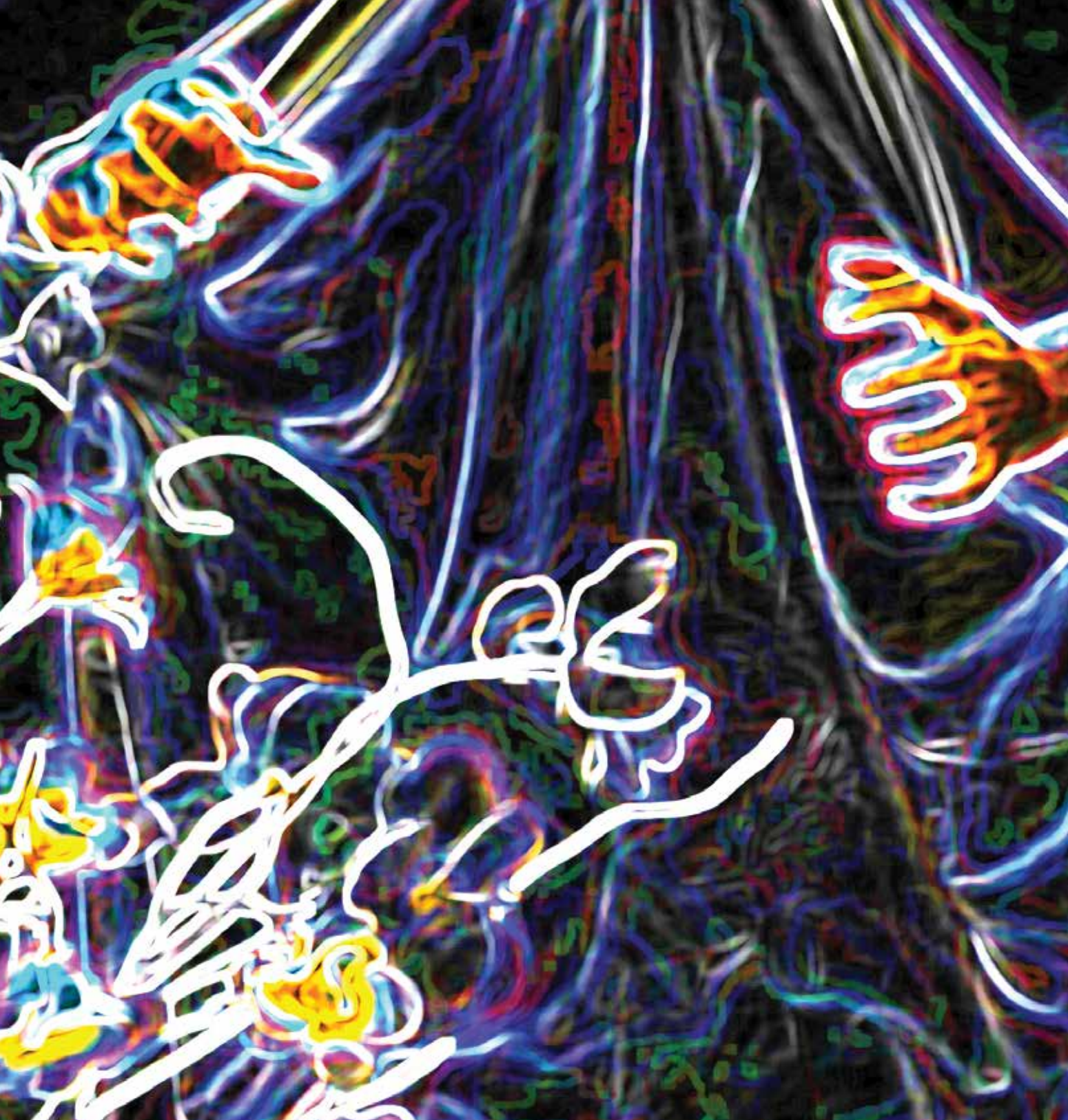






NOV
ELA

F R A G M E N T O



El ángel y su sombra

PABLO ESCANDÓN

*A María Isabel, Camila y Daniela,
las mujeres de mi corazón, de mi ingenio y de mi futuro.*

61

*...And what you say about his company
Is what you say about society?
Catch the witness, catch the wit
Catch the spirit, catch the spit...*

Tom Sawyer
Rush

Primera parte

62

Amén

Que te acoja la muerte
con todos tus sueños intactos.

Al retorno de una furiosa adolescencia,
al comienzo de las vacaciones que nunca te dieron,
te distinguirá la muerte con su primer aviso.

Te abrirá los ojos a sus grandes aguas,
te iniciará en su constante brisa de otro mundo.

La muerte se confundirá con tus sueños
y en ellos reconocerá los signos

que antaño fuera dejando,
como un cazador que a su regreso
reconoce sus marcas en la brecha.

Álvaro Mutis

La Revelación

Escuchaste el grito y partiste.

De batalla en batalla pasaste por todo
el servicio de guerra del hombre militante.

Luchaste dentro de la pequeña tienda de tu cuerpo,
pero mira, la arena de batalla parecía demasiado estrecha;
te sentiste sofocado y saliste corriendo para escapar.

Nikos Kazantzakis



I

o es la primera vez que veo esa sombra. Me ha perseguido en otras ocasiones, deslizándose entre piedras de civilizaciones antiguas.

En mi infancia, en Ingapirca, mi madre la capturó con esa cámara que tenía forma de paralelepípedo —me gusta esa palabra confusa e inteligente, suena a un insulto complejo de descifrar, elitista y excluyente—. La cámara paralelepípeda —recuerde insultar a alguien diciéndole paralelepípedo y compruebe su iracundia— era de una tía y, luego de dos años de permanecer en el cajón de la cómoda de mis padres, cuando la molesta dueña pidió su cámara — con un airado reclamo por no poder fotografiar todavía a su hijo y decía no tener imágenes de su primogénito—, se pudo revelar ese rollo Kodak de colores amarillo y negro en forma de bocina de teléfono. Al mirar nuestras fotografías de hacía dos años, pude notar que la sombra integraba el grupo familiar, pero mi padre dijo que era un dedo en la lente o que la película, por haber estado guardada tanto tiempo, se había dañado, precisamente en esa parte... Y bueno, algo de razón podía tener porque luego de dos años de estar entre pomadas, jugos derramados y mentol, algo le pudo pasar al rollo; siempre que jugábamos con mi hermano, abríamos la cámara y sacábamos el rollo para simular un arma espacial.

Años más tarde, la misma figura estuvo en Tomebamba: corría por las terrazas de la primera urbe inca en nuestro territorio y se perdió en el muro del recién inaugurado museo, entre dos llamas que pastaban atentas a nuestra presencia; mientras rumiaban, nos miraban con superioridad —siempre tuve la impresión de que las llamas, las vicuñas, las alpacas, los huanacos, todos los camellos de los Andes, son seres superiores. No es su cuello ni la forma de su cabeza, por lo que nos miran así: son seres milenarios, sabios y guardianes del conocimiento ancestral. Saben mucho y miran nuestros errores y los sancionan desde su alta moral camélida.

En Teotihuacán, la sombra se coló por el callejón entre las dos pirámides donde está la serpiente emplumada; pude escuchar un silbido prolongado y alegre cuando se escabullía por las porosidades del tezontle. En el Templo Mayor

de Tenochtitlán suplantó a la sombra de un turista asiático; se podía notar la desproporción y, cuando se percató de mi descubrimiento, se perdió debajo del techado donde está la piedra tallada con forma humana para los sacrificios, conocida como Chac Mool.

En Machu Picchu, estuvo en la ciudadela, fingiendo ser la proyección del cuerpo de varios turistas, se transformaba en niño, en mujer, en anciano; en el puente Inca, precisamente cuando la neblina nos cubría, se evaporó y reapareció en el mercado de Cusco, entre las figuras de las indígenas que ofrecían pequeñas ranas verdes que parecían de goma dulce. Cusco es una urbe misteriosa y enigmática donde el turismo ha degradado a los camellos de altura, los turistas se retratan con ellos y sus dueños cobran por el instante capturado. Esos animales no son sabios; al contrario de los que viven libres, estos tienen ojos cansados y una actitud de hastío, nada señorial ni superior frente a los seres humanos, como todo esclavo urbano.

Aquí en el monte Pindo, en la Costa da Morte, frente al cabo de la finis terrae romana, entre las ruinas de una edificación circular cubierta por vegetación muy parecida a la del páramo bajo de la serranía andina, mientras mi guía peleaba con el vendaval por no dejarse arrebatar el sombrero, la he visto nuevamente: se filtró por los entresijos de la argamasa milenaria y la agreste vegetación como un chorro de tinta negra en agua que busca su cauce para diluirse.

—No hay duda —dijo Manolo—. Esta fue una edificación. Mira la estructura de las piedras —mientras señalaba los hoyos labrados en las rocas—. Eso no lo hace el viento, ni las zarzas ni los pájaros, solamente unos brazos fuertes y hábiles para edificar un buen otero... Por aquí hay que buscar los sitios donde cagaban y donde cocinaban: allí está la información importante... Mira, aquí se ve que se levantaba la pira —y con el cayado removió la tierra y se pudieron ver huesecillos y espinas.

—Aún se siente que esto está habitado —dije.

—De recuerdos y espíritus que se mueven siempre —contestó—. Este es un sitio muy magnético. Desde esta cumbre se divisa y se controla toda la bahía. Aquí vivieron y murieron muchos hombres, celtas, romanos e incluso vikingos, defendiendo o cuidando el mar.

Bajamos lo más rápido que pudimos, pues nos esperaba la celebración del último año santo en la plaza de Santiago de Compostela y durante el viaje de

regreso, aproveché para cerrar los ojos y recordar cómo fue mi visión de la sombra. Me inquieta mucho porque la siento muy cercana a mí y, en sus fugas, tengo la impresión de que pierdo algo.

En el sosiego del viaje de regreso, mientras Manolo ponía rock celta con gaitas, el sol empezaba a bajar y su luz dibujaba en la carretera una gran barca de velamen hinchado —aquí en el final de la tierra, la inclinación y el color de los rayos crean sombras complejamente bellas y con perspectiva que, proyectadas en piedras cubiertas por líquenes que van del amarillo al naranja, pintan las mejores escenas propias del más puro expresionismo, diferente al sol recio, punzante e hiriente de las tierras equinocciales que forma sombras chatas—. De a poco, el vaivén de la navegación y el viento, que se filtraba por el parabrisas entreabierto, me arrullaron y en un abrir y cerrar de ojos desperté cuando mi timonel atracó el todoterreno.

El acceso a la plaza estaba más restringido que en ediciones pasadas. A un costado y por detrás de la Catedral, permanecí más de cinco horas de pie, en plena soledad, a pesar de la multitud, sin conocer a nadie, a la espera de que se abrieran los cercos para admirar la plaza en la noche cuando la presencia de Iago se reveló a los gallegos en el bosque del Libredón. De igual manera, entre los juegos pirotécnicos y la pólvora que se impregnaba en todos los que levantábamos la cabeza para mirar las explosiones multicolores, la sombra me envolvió, encubierta entre la bruma de la pirotecnia, el aliento de los turistas y los pocos fieles del apóstol.

Dejé la primera fila en donde pugnaba para poder entrar a la plaza y me senté a un costado, junto a la portería de piedra labrada del Palacio del Obispo. Frente a mí estaban dos jóvenes bebiendo algo de un termo y no recuerdo más. Desperté al día siguiente, sin ningún faltante en mi honor ni en mi vestimenta. Los rastros de la gente agolpada en el callejón de acceso habían sido recogidos y la ciudad vieja había recuperado su movimiento turístico. El olor a pólvora aún se sentía en mis narices y el recuerdo de las coloridas y bellas explosiones en el cielo se mezclaban con imágenes de un hombre calvo que me entregaba un paquete y se desvanecía entre el cerco que impedía el paso al callejón que comunicaba con la plaza que llaman Obradoiro. Revisé mi chaqueta y encontré una bolsa de tela, la abrí y conté cincuenta y dos paralelogramos amarillentos y recios —paralelogramo es otra palabra que me gusta—, flexibles como naipes, del cuero de un animal menor

en los que aún se podía ver el surco de las venas y, en algunos, el abollamiento del músculo crecido. Me levanté y fui a la plaza; me acosté en el centro, como si hubiera logrado mi merecida Compostela, luego del viaje de transformación interior, y admiré la fachada de cartón que precedía a la hermosa y amarillenta Catedral. Vi al Santo Iago con su espada y detrás, en el edificio del Ayuntamiento, el mismo apóstol sobre un caballo rampante... En ese momento, sentí un frío que, curiosamente, calentó mi nuca y congeló mi trasero. En el bolsillo de la chaqueta, sentí cómo los naipes empezaron a barajarse...

II

En Barajas, durante cinco horas sin WiFi y entre el bullicio de los acentos impostados que se silenciaban cada vez que los altavoces irrumpían con los anuncios de puertas asignadas a los vuelos para los respectivos abordajes, me dediqué a revisar detenidamente las cincuenta y dos tarjetas de pergamino.

Al sacar los pequeños cueros de la recia tela mal cosida, los viajeros vestían ropa inadecuada y parecían animales disfrazados con vuelos, randas y encajes, como si fueran parte de un libro de grabados cómicos de época; al devolverlas a la funda, las ropas cambiaron, pero, no dejaron de verse como un exotismo asimilado a otra cultura, como caricaturas de ellos mismos, dibujadas por mano propia. Parecía una comparsa carnavalesca que se tomaba el Airbus y su jolgorio duraría más de diez horas de desmesura.

El abordaje estaba próximo, el nerviosismo y la avidez de los viajeros mostraban que su actitud era de competencia, de querer llegar primero para ocupar el mejor asiento, como si fuese una fiesta popular en donde no hay sitios definidos, sino que el primero en ocupar, traza su territorio.

Estábamos en una competencia por ganar espacio; quienes abordaron al último no tenían mayor lugar para sus maletas de mano, los compartimentos superiores fueron ocupados con fundas de El Corte Inglés, maletas que debían ir en bodega, pero para sus dueños eran equipaje de mano, bolsos donde no cabía ni un pensamiento tonto y cajas de cartón embaladas de diversas formas: cruces, círculos, varas, árboles; y lo más terrible: las carteras de las mujeres, cuidadas con mucho celo, en donde se podían encontrar desde polvorones hasta calzones. Todo

era equipaje de mano frágil, como la vida y el trabajo en la península, como el triunfo del emigrante ecuatoriano de Saquisilí, Paute o Daule frente a los parientes y amigos que no ostentan el cabello decolorado en mechas, ni faldas diminutas con botas altas, ni aretes que hacen juego con la gorra almidonada o con el pequeño sombrero de paja toquilla madein Gualaceo de marca europea.

Por fortuna, ninguno de ellos sabe lo que es un paralelepípedo ni un paralelogramo, ni les interesa, ni falta que les hace, pues su vida no es sólida sino muy fugaz como una elipse, como el tinte de sus cabellos, como la moda que lucen.

Abordé entre los últimos pasajeros; me sentía como si viajara en primera clase, pero mi presupuesto no me lo permitía, y, además, mi interés estaba enfocado en comprobar si se repetía el orden de las mismas cinco fichas de cuero: la primera venía marcada con el año de 1767, le sucedió otra con el perfil de la Audiencia de Quito, la tercera tenía la efigie del fundador de los jesuitas, la cuarta, un barco y, en la quinta se veía a un caminante entre árboles.

Cada vez que mezclaba los pergaminos en la funda, volvían a salir las mismas imágenes en igual orden. Las demás aparecían vacías.

III

Uno de mis pasatiempos es archivar la prensa local de los sitios donde he estado. Luego del arribo a la casa, lo primero que hago es guardar los periódicos en su estante respectivo y poner el año y la ciudad. Los ejemplares comprueban mi estancia o paso por el lugar, y sirven de contexto histórico para recrear mi visita. Cuando quiero recordar el viaje, no miro fotografías, sino que recurro al periódico y me acuerdo del día, del sitio donde lo compré y de lo que hice, con quién estuve y cuál fue el motivo del viaje.

Al guardar los ejemplares de La Voz de Galicia, junto a los de la prensa de Machala —antes de ir a Europa, fui a la provincia de El Oro; allí no vi a la sombra porque solo hay mariscos y banano, nada de vestigios históricos—, bajé la mirada y me percaté que una edición del año 2006 del Diario El Norte, de Ibarra, estaba fuera de orden. Lo tomé suavemente y recordé que lo compré en el parque Moncayo, frente a la Catedral.

Debo indicar que solo compro los diarios en zonas que tengan relación con el periodismo; busco un vínculo significativo entre los medios y la actividad de la ciudad y en esa ocasión el nexo fue don Pedro Moncayo, quien ejerció el periodismo de opinión cuando nuestra nación estaba en pañales, en las páginas de El Quiteño Libre. Era domingo y en la revista familiar, encontré una entrevista, acompañada de una nota, a un historiador que andaba investigando sobre los jesuitas expulsados de la Audiencia de Quito. Busqué el texto. Me senté en el piso y encendí la lámpara móvil que la tengo sujeta entre los anaqueles. Moví el foco hacia el papel que aún conservaba su color original y leí el texto:

“No todos los jesuitas se fueron al extrañamiento.”

Entrevista a Giovanni Tapia, investigador de la Universidad de Bolonia.

Ítalo—ecuatoriano recoge pasos históricos en El Ángel.

Tulcán, 05/10/2006

Con libreta en mano y grabadora, Giovanni Tapia parece un periodista extraviado en busca de un entrevistado inexistente, pues está empeñado en encontrar a un sacerdote jesuita que no salió con todos los demás, en el siglo XVIII, según sus investigaciones. Giovanni es el hijo mayor de un matrimonio de emigrantes ecuatorianos que se asentó en la región de Ravena, estudió historia en la Universidad de Bolonia y su interés por el Ecuador le viene gracias a los relatos de su padre y a los libros de historia que éste había llevado al Viejo Continente para que sus hijos no olvidaran sus raíces.

¿Usted es más italiano que ecuatoriano?

Yo nací allá, pero mis ancestros son de acá, así que donde se nace es un accidente. En mi casa, todo hace alusión al Ecuador: los tapices, los cuadros... hasta las cobijas. Mi mamá siempre cocinaba platos ecuatorianos.

Entonces es más ecuatoriano que italiano...

Tengo de las dos culturas, pues mi instrucción formal es italiana, pero mi educación es ecuatoriana.

Su español es bueno y no tiene acento, ¿a qué se debe eso?

En mi casa siempre se habló español y en la escuela, el italiano.

¿Qué ha venido a hacer en Ecuador?

Estoy preparando mi trabajo de tesis doctoral en Historia, en la Universidad de Bolonia, y he conseguido que la universidad pague mi investigación acerca de un jesuita, estudiante de Teología, que no salió hacia Italia con los demás religiosos, en el siglo XVIII.

¿Por qué ese interés?

Mi papá me daba a leer libros de texto, de los que se usan aquí en Ecuador en los colegios, para que conociera la historia, de dónde provenían mis ancestros; entonces allí leí lo de los jesuitas del extrañamiento, lo del Ocioso de Faenza y de la Historia del Reino de Quito, de Velasco. Mis trabajos académicos siempre han sido en torno a los jesuitas expulsados de los dominios españoles, exactamente a la región de Ravena, de donde yo soy. La cercanía a las fuentes y a los archivos me facilitó el trabajo.

¿Cómo se enteró de este cura perdido?

En una carta escrita por el padre Cicala, desde Sicilia, al padre Juan Bautista Aguirre, director del colegio jesuita en Ravena, se menciona a un hombre de la congregación que no pudo marcharse con ellos, entonces me interesé por conocer quién era este hombre y saber si otros jesuitas se quedaron en estos territorios.

¿Y por qué en los páramos de El Ángel?

Porque en la carta, el padre Cicala menciona los frailejones del norte de la provincia de Quito, el frío y la luz particular de la zona.

¿Desde cuándo inició su investigación?

Son apenas dos meses y me encuentro en el proceso de levantamiento y recolección de la información in situ, ubico a los pobladores más ancianos para preguntarles acerca de alguna historia o información sobre un religioso sin comunidad.

¿Qué resultados ha obtenido?

Hasta el momento, muy poca información, pero aún me falta cerrar el perímetro hasta la gruta de La Paz.

Luego, ¿qué más hará en nuestro país?

Simultáneamente a este trabajo, investigo en museos, bibliotecas,

archivos, oficinas, etc., todos los libros y documentos existentes, y en algunos he encontrado indicios de la existencia de este hombre, por eso puedo afirmar que no todos los jesuitas se fueron al extrañamiento.

¿Por qué ningún historiador ecuatoriano ha descubierto lo que usted está investigando?

No lo sé. Debe ser que este acontecimiento no es importante para ellos, pero para mí es fundamental, porque crecí con las historias de estos sacerdotes.

¿Ha tenido contacto con algún historiador ecuatoriano? Ayala Mora, Salvador Lara.

Fui a la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit y a la del municipio de Quito, pero no he establecido comunicación con nadie, hasta ahora, porque a los historiadores laicos y aun a los religiosos tan solo les interesa la producción científica e intelectual de los exiliados.

¿Para cuándo cree usted que tendrá datos exactos o aproximados?

En el país estaré diez meses más para la investigación in situ, luego, con lo recolectado regresaré a la universidad y desde allí prepararé el informe, lo defenderé y luego quiero publicarlo aquí. Todo esto llevará cerca de dos años.

¿Y qué ocurrirá si no es verdad la existencia de este sacerdote anónimo hasta ahora?

Tendré que interpretar de otra manera el mensaje en la carta del padre Cicala, pues ese es el dato inicial de mi investigación.

¿Ahora a dónde viajará?

Tengo que ir hacia San Isidro, en donde hay referencias aún inexactas que debo levantar y confrontar.

Un Indiana Jones, hijo de ecuatorianos

Giovanni Tapia nació en la ciudad italiana de Ravena, a tan solo kilómetros de distancia de Faenza, en donde nuestro insigne primer historiador, el padre Juan de Velasco, se radicó y murió, luego de que en el siglo XVIII por orden del Rey de España todos los jesuitas abandonaran sus dominios, de lo contrario serían tratados como delincuentes.

Giovanni no tiene pinta de italiano, más bien parece ser de Latacunga, pues de allí son sus padres, Antonio y Laura, quienes emigraron en los años setenta, primero a la ciudad de Verona y luego se asentaron en Ravena, pues allí encontraron mejores oportunidades de trabajo.

Giovanni es el primero de tres hermanos y agradece a sus padres que nunca dejaron de recordarle cuáles eran sus raíces: “Ellos siempre nos contaban del Ecuador, de sus paisajes, tradiciones, fiestas, nos mostraban fotos, nos hacían comida ecuatoriana”, afirma.

La letra del Himno Nacional no es desconocida para Giovanni, quien cuenta que siempre asistió a los campeonatos de fútbol, pelota nacional y demás deportes organizados por los compatriotas residentes, y en todas las ocasiones se entonaban nuestras sagradas notas.

La vida de Giovanni fue como la de cualquier niño, pero con una gran diferencia: “Mi padre siempre me contaba de la historia del padre Juan de Velasco, del país y del reino de Quito... Eran historias fabulosas que hacían que me interesara por esta región y por esos hombres que la habían vivido y que tuvieron que salir exiliados... A la final estos sacerdotes eran como yo y como mis padres...”. Entonces se interesó por la historia y cuando finalizó el bachillerato decidió su carrera como investigador.

“También influyó en mí Indiana Jones, ese gran personaje de Spielberg, y ahora se cristaliza ese sueño de recorrer el mundo”, cuenta con gran ilusión.

Sin el sombrero del Dr. Jones ni su látigo, el futuro Dr. Tapia se siente como él y quiere encontrar momias, edificios en ruinas y documentos perdidos. “Esa es la meta de todo historiador, encontrar lo perdido en el tiempo y recuperarlo para que no se vuelva a extraviar en la memoria, que es lo más importante”, afirma con la convicción de un hombre de ciencia.

* * *

Estudiante secundario ayuda a historiador

Francisco Velasco, del sexto curso del Colegio Nacional El Ángel, es el acompañante de Giovanni Tapia, investigador ítalo-ecuatoriano que se encuentra en nuestra tierra para investigar la existencia de un jesuita que no

salió de nuestro territorio cuando el Rey de España dispuso que todos los sacerdotes de la Compañía de Jesús se marcharan de sus dominios en el siglo XVIII.

Francisco Velasco fue escogido por el propio Tapia, ya que el alumno conoce como nadie la Reserva Ecológica de El Ángel y porque ha colaborado con varios grupos de rescatistas en expediciones para encontrar a turistas extraviados.

Velasco es un privilegiado en el colegio, ya que tiene permiso para salir a cualquier hora de clase y para faltar indeterminadamente, pues según el rector del Colegio: “esta es una oportunidad que no se volverá a presentar y el alumno debe aprovecharla al máximo, pues de esta experiencia es muy probable que Velasco se decida por la historia”.

Hasta el momento, Francisco Velasco solo ha ayudado a Tapia los fines de semana y se muestra ansioso de hacerlo los días que tiene clases o por lo menos las tardes.

La lectura de esta nota fue una revelación. Mi asombro y excitación fueron tales que dejé caer el ejemplar y corrí a consultar mis naipes de pergamino que se presentaban, nuevamente, en el mismo orden: 1767, el perfil de la Audiencia de Quito, la efigie del fundador de los jesuitas, un barco y el caminante en el bosque.





La Caracola de los Amantes

(O EL INNOMBRABLE SUELO DE LOS AFECTOS)

LYLA BOKÁ

75

A veces ni siquiera pongo música para no callarlo por dentro... tal vez la música lo haga menos revuelto, pero siento la necesidad de expresarlo con la sinceridad de la confusión, que es lo que es todo esto.

Soy un personaje indefinido. Eso soy, porque soy un actor de esto que se presume un cuento degenerado. Probablemente le sea en lo absoluto despectivo todo lo que en él mi voz, mi voz que no suena sino dentro de su cabeza —una voz también indefinida y sin género— pueda decirle.

Como no sé dónde empezar, como al fin y al cabo no depende de mí sino de los dedos de alguien que intenta escribirme,

que no sabe describirme, que conoce todas las formas del lenguaje y no puede hacerme verbo, que se inscribe a sí misma como persona a falta de mí, como coqueteándole a un espejo. Ya me pienso adaptado... en conexión con todo... siendo la articulación de una historia lanzada al vacío, esa que oscila entre lo que me ocurre a mí, lo que se le ocurre a la persona que me escribe, lo que ella pudiere querer hacerse en mí, lo que yo pueda receptor de ella para aprenderme como personaje y siempre viceversa.

Y ahora que casi la nombro, esa persona suena al tacto femenina, lo que en mi masculinidad se disuelve a la piel del deseo, a las ganas de ser yo quien la narre, porque difuminada en la pasión de inventarme se hace hermosa y creíble ante cualquier ensueño. Ella, que se inspira en otros para hacerse hombre en mí... ella, a la que ahora prefiero ella. Mi historia no importa, la que importa es la suya, y también la que exhorta esta que debe ser la mía, la que por todos lados le pertenece.

Quién se desnudará para concebirme cada noche, y apoyará su pecho desierto en la almohada para abrazarme y dejarme volver a la letra, procurando no quedarse dormida... y quien, aún haciendo su mayor esfuerzo, me olvida y me recuerda, comprendiendo que entrelineadamente me abandona. La persona que, dándole la espalda al mundo, me modela, como queriéndome a mí el artista saliente de sus manos, y finalmente obteniéndome.

¿Debería ser yo como ella, o debería ser su antagonista? Tal vez, es mejor ser simplemente un otro mientras ella sea cambiante, cuando narrativamente podamos ser intercalables.

La perfección de toda relación literaria está en la constante retroalimentación negativa, en cuanto mi ausencia confluya en que ella me pueda seguir escribiendo, o me dejase escribirme en ella. Las palabras que deambulan en nuestra mente compartida se vuelven entre ella y yo una constante espera mutua. La diferencia que nos hace un “ella y yo” no es otra cosa que la ignorancia intrínseca del uno al otro, como cuando se chatea con un extraño: nos creamos al tiempo en que nos desvestimos (¿o nos vestimos todavía más?) en una ventana imaginaria.

Si mi personaje fuera algo creativo—sentimental, la describiría gordita o “cariponcha”, una Bridjet Jones que me escribe en su diario... Pero sabemos que nadie imagina eso cuando imagina a su diosa, que el que hizo a Bridjet Jones sabía que eso iba a funcionar con el común denominador de las mujeres, y de los hombres afeminadamente enamorados, no en el sentido machista de los que piensan que a las

mujeres hay que tratarlas con delicadeza, sino porque Osho, son las que tienen los sentimientos, o porque son “románticas” y por eso gustan de ese tipo de películas, a las que nunca se las puede calificar de buenas o malas, sino de “simpáticas” o “entretenidas”... los hombres enamorados poperos cursis, y lo digo como ella que también lo es, lo soy, cuando me siento a ser como adolescente, como enamorado. Es el amor más apreciable, pero es una comedia.

Ser un tipo afeminadamente enamorado no es ser un tipo afeminado, es tener una sensibilidad más rica hacia la vida, es ser fantasioso y soñador, ser el pitufo poeta rechazado por cientos de pitufinas vanidosas.

Femenino o no, las comedias románticas forman parte de mis placeres ocultos como hombre. Es muy difícil tratar esto del género, hoy en día, y peor aún luego de las palabras de Hermione sobre este tema en la conferencia de las Naciones Unidas — me refero a la actriz que interpreta a Hermione, esta niña Watson — me vuelvo más romántico, de un romanticismo realista flaubertiano del siglo XXI. Por lo pronto creo que soy un tipo que va al cine, disfruto del cine rosa y taquillero (aunque sea rosa) y de la música nostálgica y de las buenas novelas, me gusta reír y —por qué no— llorar de vez en cuando... es posible que haya estado afeminadamente enamorado alguna vez en mi vida... más o menos cuando ella tenía quince años y empezó a escribirme por instinto:

“Te dejaré de amar el día en que un pintor plasme sobre su lienzo el ruido de una lágrima al caer”.

Imaginándose a ella misma chorrear la pintura sobre un muro, mientras hacía un graffiti de mentira, firmado con cualquier nombre de mujer, para publicarlo en una revista latinoamericana para niñas adolescentes en una sección llamada algo así como “Clasificados pensamientos” (no, para nada se llamaba así, pero bueno), junto a una serie de dedicatorias que enviaban otras lectoras a sus noviecitos y mejores amigas (cosas más bien cursis y ridículas: “Dejemos que este amor crezca y perdure... blablabla... te amo por siempre, Kary”); cosas que después de todo a ella le hubiera gustado poder decir, sólo por desear a veces ser una más del montón del fatuo contenido, por tener a alguien real a quien dedicárselas y con quien repitiendo clichés poder creerse los únicos en el universo.

Sí... y es prácticamente evidente pensar que una jovencita inteligente como

ésta de la que me enamoraría neciamente no “merece” una estupidez de esas, pero aún así era lo mínimo que pedía, y pedía siempre lo mínimo porque en su inconformidad no podía ver la profundidad de su belleza, y no podía hacerlo porque a pesar de que la admiraban muchos, aún nadie se había enamorado de ella, como sólo lo haría alguien a quien se le puede llamar todo un personaje. Me adulo. Y no soy correspondido, tengo un ego. Qué bello esto.

Y es tan beautiful... mereces lo que sueñas...

Sucede que a esas edades uno cuenta como amor de verdad al amor platónico, intenso o duradero, o a ese con quien pudiste jugar por un rato a ser más que la persona que creías que eras: la persona ideal... y en otras palabras, quien se deja hacer también un personaje digno de contar.

Si me preguntaran ahora, bajo mi estado “Agujetas de color de rosa” quisiera haber sido entonces su anhelado primer “beso de verdad”, y compartir con ella el mágico misterio hormonal de ese instante que será eternamente recordado. Pero si dejo que ella me dé un espacio de existencia en ese tiempo aún no escrito por sus dedos, caería en cuenta de que en su vida real el primer beso es un completo desastre...y que por eso siempre es bueno dar varios primeros besos en la vida.

Empecemos, pues, por lo primero que se pueda contar...

Se supone que este deseado por todas se fijaría un día en mí—ella, que era la que aparentemente no se fijaba en nadie, pero que se fijaba como mínimo en tres que, fácilmente no se fijaban en ella en realidad, sino que así ella lo vería venir... fijar, fijar y fijar... como contar hasta tres, fijaciones nada más... ilusiones inocentes con intención, tan probables como un oleaje por cada siete ondulaciones marinas, como la sensación indecisa de estar a punto de estornudar a propósito.

Pues resulta que este sujeto en cuestión sí se fijaba en ella, mas necesitaba una prueba de que ella se fijara también en él, para que sucediera cualquier cosa que pudiese suceder, como eso que prefiero dejar que se cuente desde el recuerdo de la invención de sus ojos... donde ni yo —como yo—, ni yo —como ella— sabíamos qué hacer, pues desconocíamos en lo absoluto que los papeles dentro y fuera de las ficciones estarían revueltos, y que para conseguir a su amado ya no debía aparentar ser una bella y delicada Julieta, ni mucho menos una Romea, pues me sería imposible imaginarme a un Julieta sin que se me figure un hombre que definitivamente no sería de gustarle a una mujer como mi mujer: “demasiado fino” sería el eufemismo que usaría el auténtico

tío para referirse al casual compañero, lo que es extraño porque finalmente sería un afeminadamente enamorado, que es lo que sí querría mi chica, una chica, sino que ella se imagina a James Marsden en Encantada. Hablo como si pareciera que yo fuera este ser que se siente algo homofóbico en la imaginación de ella, pero que la verdad es que sólo se conforta en su transmutable sexo opuesto, y los prejuicios nos confunden.

Entonces yo, Romieta, voy a llegarle a mi primer otro, ya que —si me gusta— la ley no es hacer que él guste de mí, sino suponer que ya gusta de mí como yo gusto de él por ser mi propio engendro amoroso a causa del engendroso amor propio que finalmente lo convencerá de que así son las cosas... Y, en vista de que no puedo decírselo en persona, le diré que lo quiero escrito.

—Te quiero —wleí al deshacer un avioncito de papel, y cuando me voltee para asegurarme de qué aeropuerto provenía, ella estaba clavada sobre la mesa, cubriéndose la cara entre sus brazos cruzados, dejando solo al descubierto la mínima parte de mirada necesaria para espiar mi reacción. Sin embargo, no quiso verla, huyó de la situación como si hubiera sido otro el culpable del aterrizaje de ese avión sobre mi pupitre, y volteó a conversar con el de al lado, haciendo inútilmente como si se riera con él del chiste que se acababan de contar. No pude entonces no haberle respondido algo, cualquier cosa que sonara razonable, cualquier trasto de palabra de las que se tienen a la mano y que se dicen como repartiendo flores a la deriva... no pude ser el pitufo poeta en ese entonces, sólo me acerqué a ella al finalizar la clase y le dije, cual delincuente, que nos encontraríamos después de clase en el jardín a donde todos iban a fumar a escondidas:

—Te espero en la casita...

¿Cómo contarla a ella escribiendo entonces, sino a través de mí? Como el propio dios que escoge a su madre, para que sea la madre de su yo—hijo, quien lo cuenta como un ser omnipotente y omnipresente.

Pero yo no soy ella, yo no soy yo ni soy dios, yo insisto en ser sólo la voz de los dos.

Y me pongo eufónico, o rimador, o pendejo.

Y no fui, al jardín... No fui porque soy un escrito, y ella no me hizo ir, me dejó con las ganas de ser, y a cambio de mí se inventó un Pablo.

Un día ella dejó de esperar a ese “príncipe azul” que yo digo que era yo, que era yo en todas mis formas... e intentar con otros colores y estatus, y de ahí surgió por primera vez como un galán callejero, un ser que con catorce años había vivido todo lo

que se puede esperar que uno de veinte haya vivido, además era chileno o argentino, o uruguayo o algo, o sea, estaba en otro nivel para los chicos de su edad y de su país, porque los sueños son otro nivel — según su amiga Andrea.

Sólo con preguntarle con acento extranjero: “¿cómo te llamai?” o “¿cómo te llamás?”, le derretí el mundo. Fui ese con quien ella tropezó en un metro, ese que le dijo “cuidado”, ese que no le salvó la vida, pero que en otras circunstancias —más que todo en la imaginación— para ella lo había hecho. Sí, esa salida desconocida del mundo, esa salida turista que hace que uno se quede de pie en el transporte público subterráneo que le gustaba tanto tomar, en vista de que donde vivía no existían los metros... Ella que lo había visto en el internado, en la otra sección, en la que fuera que quedara bajando las escaleras, lo había visto alto y musculoso, con un caminar tan arrasador, tan seguro, tan lindo, no sé por qué... siempre con un disc—man, por aquella época noventera, siempre tan en lo suyo, tan arrogante y amable al mismo tiempo...

Me hace pensar en cómo eran esos personajes, no sé ni siquiera si los creaba y los definía y decía, este va a ser así o este va a ser de tal otra manera, o yo voy a ser ella, o yo voy a ser él, y cambiaba a cada rato de idea, justo cuando ya me iba gustando, y me hacía pensar si es que acaso yo necesitaba identificarme siempre...

Entonces, frente a mí, ella sólo sabía que en cualquier momento por ahí iba a pasar un beso. Y me habría gustado que ella no lo supiera, en realidad, porque tal vez fue eso lo que hizo que ese beso no fuera una sorpresa, que fuera algo forzado (por no decir vergonzoso) y en fin... un desastre en el que casi toda su cara cupo en mi boca, y a partir del que ella pudiera decir que nunca más querría besar a un hombre, ni yo a una mujer que jamás haya besado a un pseudo—hombre como me había imaginado a mí mismo frente a esa situación si hubiera ido a la tal casita de aquel jardín en lugar de él... O tal vez lo piense así por el mismo hecho de que no sucedió conmigo lo que sucedió con otro.

Seguiría entonces esta historia sin decirnos que nos disgustó ese beso, si es que así fue para los dos, y que de pronto vendría otro... pero no. Estos galanes callejeros nos dejamos siempre engañar por otro tipo de mujeres empeñadas en hacerle la vida imposible a las mujeres de los sueños, esas que podrían intervenir también en la categoría “mujeres de los sueños” pero de esos sueños que no se cuentan si de quedar bien con una niña buena se trata, de esos sueños pesadillezcos y sexuales. Las villanas de las telenovelas a las que más compasión hay que tenerles. Esas mujeres que desean a

los hombres callejeros tanto como la mujer de mis sueños estaría enamoradiza de ellos por casi haberle salvado la vida, según ella hiperbólica. De cualquier modo, aunque esta mujer pesadilla lo hubiese “patentado” en una cama, y así no hubiese sido lo que parecía ser (y que era evidente que no era), ¿valía la pena llorar?

Y bueno, yo insisto en ser ese... yo insisto en ser cualquiera, yo insisto en ser.

Y es que la mujer de mis sueños es en el fondo una mujer para ser un afeminadamente enamorado, a pesar de que ella no luzca como una Bridjet Jones y sea ante mis ojos realmente encantadora (no, en serio, realmente encantadora, bonita, inteligente, tetona y ridículamente infantil). Al final nos vemos de dos formas: o galanes callejeros, o (afeminadamente) enamorados... o una buena mezcla de los dos (no, en realidad es lo que todos queremos creer que somos, pero sólo podemos ser uno... a la vez). Y para ella tengo que ser más que todas las opciones que ella misma podría darme, tengo que ser ella en hombre, sin que se me ocurra ser su mejor amigo, porque con ese cuento a otros... (Sí, a mí también me pasó).

¿Cómo me convierto ahora en todo un personaje? Me enredo con la mujer—pesadilla y me arrepiento y vuelvo a mi mujer, a quien voy a llamar Amanda Malocci sólo porque me gustaría que así se llame, más que por ponerle un nombre, por auscultar la identidad, porque me conjeturo con ese nombre a una princesa vampira a quien vuelvo con la excusa del equivocado, a decirle que realmente ella me interesa... a decirle una sarta de cosas haciéndome el malherido (olvidalo, mi amor) ¿para ver si ella me perdona? No, mi mujer no me perdona, me mata, deja mi cadáver en esta línea.

Sólo podemos ser uno de los dos. Como peor la mujer ser una de las dos. Si tan solo fuéramos conscientes de que somos uno, los dos en uno (no, eso es lo que queremos creer... y toda esa dicotomía mamona.

Y es que es tan difícil confiar en un hombre cuando nunca has tenido a uno tan de cerca... Cuando sólo éramos seres de pósters, de imágenes de tv, de canciones pop, pop, pop... la envidia de todos los seres reales, o de los losers llenos de granos en la cara, fierros en los dientes y dudosa voz, hasta antes de convertirnos en cualquier Pablo o Roberto, o sea los mismos Pablo y Roberto de preadolescentes, unos idiotas.

No sé, sólo lo escuchaba hablar de sus experiencias en esas discotecas según como eran las discotecas por allá en el sur... que no quería pensar nada, tenía catorce años... era hasta menor que yo. Claro, no hablaba con ella, sino con otros amigos, ella sólo estaba ahí “por casualidad”... ¿qué hacía ella ahí? No tenía sentido:

—María...

Qué lindo nombre, claro, creo que no importaba qué nombre le hubiera dicho ella, él igual habría contestado eso, por amabilidad... por su condición de latin lover callejero... ¿Por qué callejero?

—Bueno, me gustaba usar pantalonetas anchas, rotas, escurridas, enseñar parte de la raja, con la cadena colgando, tatuajes, andaba hip—hopero y aparte dibujaba marcianos haciendo skateboarding, incluso tenía mi propio seudónimo de grafitero: Meduso, jaja era un bakán

¿Era?

Me da risa cómo cambia el curso de los hechos... Ella vuelve a los mismos lugares con otra perspectiva de la vida, ella regresa para acabar con todo lo que de alguna u otra manera no tiene fin en la vida: el amor. Y contacta al personaje inspirado en Pablo porque es una maravilla hacerlo recordarse a sí mismo adolescente. Este Pablo, lo envidio igual, a pesar de los años.

—Recuerdo que una vez te besé...— escribió el verdadero personaje de Pablo en un mensaje de texto, que envió 7 años después, cuando ya estaba en Sur y ella al otro lado del camino...

82

No quiere recordarlo, hermano, créeme que no quiere recordarlo. Sí quiere, porque cambia el curso de los hechos, vuelve a los mismos lugares con otra perspectiva en la que lo trae también a él y en donde al fin y al cabo se rien. El amor.

Pero ¿por qué todos me decían que yo me le declarara a él? Que yo le “llegara” a él, ¿por qué? Yo realmente me habría quedado en el renacimiento shakespeareiano... yo me la pasaba mirando a través de la ventana por si algún día aparecía un sapo a preguntarme cómo me llamo. El Sur le lleva años de feminismo al norte. A lo igualitario. Y Hermione.

¡Pero qué cómodos estos sureños posmodernos! Cómoda yo en la ventana, qué rico él bailando desnudo a través de la ventana y haciéndome la que no lo vi. Es estupendo. Asumamos que ya no somos los mismos.

María pasaba frente a la ventana de ese cuarto, justo luego de que él tomara un baño vespertino, porque sabía que él bailaba desnudo, pero pasaba sin verlo (¡tonta!) para ver si él la veía a ella no mirarlo bailar desnudo... Era tan truculento y delicado a la vez, su método. Y nada... nunca le decía nada. Entonces, me gustas, escribió en un avioncito de papel...

No sé qué pasó en ese jardín... creo que se besaron, creo que estuvo horrible, que no importó, creo que (sé que) le rompió el corazón...

Y ahora entonces seré ella victimizándose y diré que todo es culpa de mi amigo afeminadamente enamorado (un poco más afeminadamente que enamorado, pero no gay, eh... eso no quiere decir nada, como cuando las mamás no terminan de asimilar la verdadera igualdad)... Bueno, se emocionó tanto cuando le conté que nos habíamos besado, que gritó a los cuatro vientos que ella y Pablo están de novios o algo así, y que eso llegó a oídos de la mujer—pesadilla para influir en el tan deseado Pablo y hacer que éste me reclame que por qué le estoy diciendo a todo el mundo que estamos de novios (¿y entonces qué estamos...?).

Yo ahora me llamo Pablo, y soy ese infeliz por quien ella sí lloró porque no le quedó de otra una vez que supo que me perdió por culpa de una mujer del mundo mundano, como llamo a este entorno humano frivolón y fatuo en el que ella escribe y llora, y se sorprende... porque a ninguno de los dos se nos habría ocurrido que Pablo en lugar de hacerse el malherido para volver antes de que ella le cerrara la puerta en la cara, vendría con el cuento de que otro amigo está enamorado de ella, y que por él teníamos que terminar nuestra relación (ah, qué bueno saber que sí era relación, al menos). Las mujeres no deberían ser las pesadillas de otras. Así como los galanes callejeros no traicionarían el amor que siente un amigo por una Amanda. No sé si a la final, como existían otras, a la final no le habría importado dejarla ni aunque no existiera ese otro amigo.

Genial... y ahora tenía que bancarme a este otro amigo enamorado de ella, ¿o más bien obsesionado con ella?

—Pero por qué te hací la weona si sabí que tú le gustai...

—Pero a mí no me gusta él... a mí me gustas tú

—Pero eh mi amigo po weon, y aunque diga que está bien que estemoh juntoh, yo sé que el weon puede estar ensangrentao aquí sobre el céspeh y decir que está bien (Sí, era chileno).

¿Se comprende mejor por qué ella y yo nos preferimos amantes e inventados? Para ser yo este ser ensangrentado tendría que estar muy loco, tendría que ser un gran mitómano, un masoquista, un ser capaz de enviarse una carta de parte de ella para sí mismo, y luego mostrarle a ella lo que se supone que una vez le escribió, y ella no lo recordaría y pensaría que alguien más está jugando con él, con ella, con el otro, que

si es la mujer—pesadilla, si quién, si cuándo... y así yo como este ser haría cualquier cosa para impedir que se me la lleve otro, y sería egoísta, y trágico, y todo... el guión del tóxico perfecto.

Pero eso no es lo que ella querría, sería como violar las reglas del genio que concede tres deseos que podrían ser cualquier cosa excepto hacer que alguien se enamore de alguien, y además la estaría obligando a estar conmigo, y eso tampoco sería lo que yo quisiera, si está claro que lo que yo quiero es que ella me quiera, a como de lugar, que ella me quiera.

Así que nos dejo solos otra vez... pensándonos, anhelándonos... evitando que ella se descuelgue del teclado, de la pluma, de la hoja en blanco, para seguir existiendo en ella, en mí como en todos los suyos y como en ella misma fuera de la ficción, en los dos, pues “no todo en la farsa es farsa...”

Y en este momento estoy pausado entre cien mil libros, porque ella no escribe... Llegada la noche más noche, se sienta sobre el piano letrado, se busca en alguna nota, se entiende y desciende hasta encontrarse con la palabra perfecta, cuando la palabra perfecta es ella entera.

Amanda Malocci se instala a ver cómo se suicidan sin gravedad las gotas de una bebida efervescente, y concluye en una libreta: “La soledad es un cuento, es un arrullo al que uno se acostumbra”.

*No, I can't forget this evening
Or your face as you were leaving
But I guess that's just the way the story goes...*

Yo quiero atravesar esa línea que divide la ficción de la realidad, y para eso me convierto en otros para y con Amanda, o me convierto en otra: la tantas veces nombrada con ribetes melódicos, escondida entre las sombras de un déjà vu atenuante. Trato de verla con el poder cuadrilante de la imaginación... es la tan de todos musa, que hace ver que la vida se musicaliza al paso, a la nota, al tiempo, al ritmo, al fin en el que la quieras tuya... “*emotional... landscapes... they puzzle me... confuse me...*” y pronuncia un estado, “*the state of... emergency... how beautiful... to be...*” ...que refluye.

Resulta entonces que se puede llegar a lo más bajo por amor, a lo más Light, a lo más melodramático, si es que tenemos esa idea del amor, si es que vivimos el amor

según la trama de una relación, si es que —mejor dicho— nos preferimos personajes.

No sería perfecto si fuera el galán—callejero, si fuera Pablo, sin que éste otro amigo trágico existiera, éste a quien ella llama Hugo.

Y no sería perfecto porque de todas formas me habría enredado con la mujer—pesadilla, y con quién sabe cuantas más... Y tampoco sería perfecto si yo fuera Hugo, pues la mantendría a mi lado amenazándola con que si no me quiere me voy a suicidar, en el caso de que ella no fuera una incrédula o fuera demasiado ingenua, ya que no habría tenido antes ningún ser amado real que la hiciera sentir especial, ni mucho menos que la haga cansarse de sus amenazas de suicidio como para que una vez que él le dijera “me voy a cortar las venas” ella pudiera responder: “pues córtatelas”.

Sin embargo, debo confesar que me agrada la idea del tipo trágico, que en caso de yo ser una ella, sí sería su novia por un buen tiempo antes de que le diera la obsesión conmigo y con la relación, y empezase a amenazar con lanzarse del puente, de manera que cuando apareciera otro sujeto más bien del tipo niño lindo, es decir, cuando la amenaza de suicidio ya no diera resultado para hacerla volver a mí, utilizaría como último recurso lo de enviarme una tarjeta virtual con su nombre y copia al mail de ella y de él, que dijera que ella sólo estaba coqueteando con este nuevo niño lindo (y pendejo) porque me extraña demasiado y que al que realmente ama es a mí. Y ella me dejaría en fin poner en su boca, en sus dedos, tanta palabrería para así obtener una historia digna de un personaje tan melodramático como sería yo si fuera él, pues sólo así sería junto a ella —y mucho más que Pablo— todo un personaje. Y así lo hizo.

Luego de todo este novelón, lo que le interesaría a mi Amanda sería más bien un yo del tipo niño lindo: el aparentemente inocente. Este niño introvertido que parece tener mucha ternura para ofrecer cuando se descubre, el que sería yo si pudiera ser, el que invento que soy como ella inventa (¿inventa?) que él es... por el que suspira mientras mis celos se tildan y mis deseos se subrayan. Ella dice que lo conoció en el jardín, (¿qué lo conoció en el jardín, en un campo de flores y que se vieron y, corrieron el uno hacia el otro en cámara lenta?) Por eso tanta idea de que Pablo y ella en primera persona se encontrarían en un jardín, y así...

Ella utiliza y fusiona los clichés y las experiencias, ella tiene todos los recursos para ser una escritora, ella encuentra en mí y en todos mis egos de personaje una manera de cambiar el rumbo de su vida.

De no ser por mis amigos, que me querían tanto junto a ella, porque ahora soy

Hugo y saben cuánto la amo (si la amas, déjala ir... si vuelve a ti...), no habría podido impedir que Amanda dejara a su melodramado por un huevón y así con más razón ella querría alargar el melodrama y quedar sólo como amigos con su tragicómico para así quedarse con el huevón alias el niño lindo ... y al que también le cambia el nombre para incorporarlo en la ficción.

—Es que se llamaba Antoine, y era francesito... parecía como un fantasma de lo blanco y delgado que era... pero tenía ese pelo negro y esos ojos de caramelo, y esa sonrisa...

Claro, la mujer—pesadilla vino a hacernos la vida imposible a todos, a absolutamente todos... Porque fue la verdadera razón por la cual Pablo dejó a María plantada en el jardín, como a cualquier cosa... Y fue ahí entonces donde Hugo llegó a consolarla, o a ponerse ahí como cualquier otra cosa que amortigüe los impulsos iracundos de María, extrañamente en forma de beso, y que entonces se empiece a portar como una ortiga, y no lo soporte, y que cuando subiera a la litera se encontrara a Antoine, a punto de lanzarse por la ventana por desamor de Anais, la más ni la menos otra mujer—pesadilla, quien lo había traicionado con un puto galán callejero, que seguramente le preguntó *¿Comment t'appelle?* Y entonces se acostaron. Ya no sé quién es quién. Supongo que esa es la idea.

Y que entonces este Hugo aceptara esa decisión de ser amigos día de por medio, y así unas veces se portaría como un verdadero amigo y otras como un verdadero ex—novio resentido que le pone y le quita cartas, joyas, recuerdos de él a su amada, a su inolvidable obsesión adolescente. Finalmente Hugo tendría tal astucia en ser como sería, como tengo la oportunidad de ser en esta historia, que se dispondría a cederle en público a su amada a Antoine, quien sería su posible amigo de la infancia, de la adolescencia, de cualquier lado, tan sólo para demostrar cuán valiente podría ser (si es que valiente es el adjetivo), y ver si tal vez ese masoquismo llama la atención de mi Amanda y le causase lástima (si es que no me hago más dramático y por ello aún más atractivo), de manera que ella dudaría si cambiarme o no por un huevón cualquiera como sería para mí Antoine, o Roberto, o Eduardo, o Enrique...

Porque las personas a veces nos enamoramos de los problemas, de los conflictos, como lo dije antes, de la trama de las relaciones; de poder identificarnos con nuestros personajes favoritos, de poder vernos a nosotros mismos en una situación simulada y poder tomárnosla en serio... Y así son los escritores con sus personajes, nos

tenemos dominados mutuamente con lo apócrifo, haciendo que los nombres pasen a un segundo plano, creyéndonos a nuestros personajes, jugando al amor... jugando al ser, a ser dios, y en este caso a ser un dios no (del todo) arbitrario.

Mas, como es de esperarse que se los diga, la suerte no está nunca del lado del personaje, siempre se asienta en la imaginación de quien me escribe, de manera que la curiosidad de ella termina ganándome en cualquier decisión que tomase para dejarme ser un personaje ideal, en cualquier decisión que tome una mujer como sería Amanda, aún siendo ella muy niña... aún siendo ella el personaje, quien optaría por experimentar el amor con este otro niño lindo, y así muy probablemente mataría al pobre Hugo.

Los personajes no somos nada al lado de las personas, la vida de nosotros está totalmente hilvanada desde otras manos, desde otros cuerpos, desde otras mentes ambidiestras, si nos deparan como personajes vivos, si intentan hacernos reales... si todo aquello que se quedará siempre en el intento.

In Memoriam



IMAGEN: WWW.PRIMICIAS.EC

Huellas de un Narrador

In memoriam Jorge Velasco Mackenzie (1948-2021)

MATILDE CRISTINA VELASCO

Cuando mi padre
enfermó, escribí este intento de
poema, en una de esas noches
junto a la cama del hospital. El
dolor es inmenso y no se cura.

Tus hijos, padre amado, te
tendremos presente siempre.

La ciudad que retrataste,
con la que soñabas, la eterna
Matavilela, estoy segura te
inmortalizará.

Tus alumnos, tus
queridos amigos y todos los que
te quisieron, te recordarán por
siempre.

Gracias, padre por
convertirme en la mujer que
soy. Me quedo con nuestras
charlas, risas y eterno amor.

Luchamos hasta el final,
padre, tantos proyectos, tu
Búho, tu obra de teatro sobre el
Rincón, tus libros inéditos. Los
últimos días te leí mucha poesía
como tanto te gustaba.

Que la tierra te sea leve.
Te recordaré siempre.

Cuatrocientos versos,
sacó de sus pestañas,
el padre de las palabras.
Soy producto de los sueños del narrador,
y su tinta sangre.
Estoy tejida por sus versos,
patriarca de garganta sedienta,
eterno beso de la llama rojiza de alcohol.
Soy su imaginario,
palabras fulgurantes de maromero.
Soy la memoria de sus personajes,
mutantes de la ciudad que viva y mata.
Estoy vestida del traje de payaso,
que suda su propia muerte en una maleta.
Soy las huellas de tierra ocre,
que siguen los tambores de todas sus canciones perdidas.
Soy la sombra apocalíptica y el respiro,
del amanecer que agoniza desde el río.
El trinar del día no trajo consuelo,
vengan aves del delirio,
fantasmas en el cuento imposible del mendigo.
Rendido al viento de los caminos,
traviesos pasos, enmudecieron sus voces.
¿Hacia dónde huyeron los tambores?
Acartonado por los años, es rumor de cenizas tatuadas,
mirada perdida, manto para el olvido, letra ligera temblorosa,
que espera en el remanso.



IMAGEN: WWW.ELCOMERCIO.COM

Háblanos, Eliécer

In memoriam Eliécer Cárdenas Espinoza (1950-2021)

LOLA MÁRQUEZ SORIANO

Puedo escribir los versos más cursis este día.
Escribir, por ejemplo, Jorge Velasco Mackenzie se
ha borrado.
Y Eliécer Cárdenas, solidario triste, lo ha acom-
pañado.
A uno, el río dibuja su sombra y lo nombra a cada
rato —¿escuchan?—
Se ha ido siguiendo esa voz; vibran sus páginas
cada vez menos lejos...
Su estampa ha desaparecido y no nos conforma-
mos con perderlo.
Ahora será del viento, como antes fue de las char-
las en el Montreal.
Al otro, lo rememoran en Cuenca y en Loja,
No se resignan a tenerlo en polvo y ceniza.
Cuentan los caminos que Naún Briones se lo llevó
en peso,
Confundido porque terminó la trilogía que lo
incluye.
Háblanos, Eliécer, queremos escuchar otra vez tu
ronco acento.
Puedo escribir los versos más cursis este día.
Escribir, por ejemplo, nuestra alma no se confor-
ma con haberlos perdido.
Es tan corta la vida y tan largo el eterno exilio.
Jorge, Eliécer, atardece. Vuelvan siempre, aquí
esperamos en vigilia.



La lección mortal que nos dejó el Covid-19

AMINTA BUENAÑO

*In memoriam
Roberto Atilio Echeverría Murillo*

Es solo por Él que ansío vivir un poco más para contarlo, porque no quiero que su memoria se borre de la memoria de los que lo conocieron y quiero que sepan que en esta tierra de vanidades y de odios, donde la gente se devora unos a otros como fieras por un trozo de dinero y poder y se piensan inmortales y se atacan vorazmente con despiadada saña e infinita maldad, existió él, Roberto Echeverría Murillo: hombre sencillo, agua de té, pacífico como el cielo, mirada serena, sonrisa reservada como corola que se abre ante la bendición de la lluvia.

Él, que no vivió de los aplausos, que no le interesaban, que no ambicionaba poderes ni espacio, que era como “una monedita de oro escondida en el fondo del mar”, (tan solo necesitaba un libro para leer y un cómodo sillón en donde arrebujarse en las tardes serenas y plácidas de nuestra casa).

Él, que no era un santo, pero era lo más parecido a una buena persona, de presencia incorpórea, rutinaria, vulgar, incapaz de hacer daño a una mosca, se calificaba a sí mismo de hombre “aburrido”, pero era de aquellos aburridos de presencia bienhechora, como el beso de la lluvia sobre la hierba seca.

Siempre tenía una palabra de aliento para el desesperado, el angustiado, el que acudía a su consultorio sumido en un mar de espanto. Estaba presto a dedicarle a los hambrientos de paz todo el tiempo del mundo porque no conocía el egoísmo.

La sociedad de consumo nunca lo consumió

Yo me sentía herida y molesta porque no acumulaba dinero; era como un extraterrestre extraviado en el planeta equivocado. La sociedad de consumo nunca lo consumió, nunca fue su aliado, más bien fue su virtual enemigo. Su desprendimiento llegaba a límites exasperantes. No era religioso pero vivía como un monje, de costumbres ascéticas, frugales, simples. La lectura atenta de la realidad lo hizo atesorar la ciencia y era agnóstico por naturaleza.

Era él, solo él, un hombre común, un hombre honesto cuya imagen no puede ser borrada de la faz de la tierra porque vivió para hacer el bien, curar enfermos, apoyar y rehabilitar a cientos de adictos y poner su mano y voz sanadora en donde la necesitaran. Era Leve, imperceptible, nadie se viraba a verle, no llamaba la atención, no le gustaban los discursos grandilocuentes ni los sabelotodo.

“El palestino” Echeverría

Tenía una personalidad firme como el acero, no se dejaba embaucar por charlatanes ni vendedores de humo y defendía su posición con un poderoso bagaje intelectual que desarmaba al adversario. En el Hospital Psiquiátrico, en donde laboró

un tiempo, le llamaban “El palestino” Echeverría por la kufyya, un pañuelo tradicional que yo le traje en uno de mis viajes y por sus firmes posiciones ideológicas.

Tímido, reservado, huía de la ostentación y de las multitudes; tenía pocos, pero selectos amigos. Pasaba tan desapercibido para el mundo como el oxígeno para la gente sana, como la sombra que nos sigue silenciosa; tan solo los perros callejeros que inexplicablemente lo seguían y le lamían las manos (ante mi furia y desespero frente a animales zarrapastrosos y enfermos que se encontraban con un espíritu franciscano) o los gatos que se refocilaban tras sus piernas como si guardara en los hilvanes de su pantalón un apetitoso pedazo de carne.

Feminista a muerte

Era luchador, revolucionario y feminista a muerte. Estudiaba el feminismo con el mismo rigor y espíritu científico como estudió en su juventud el marxismo y el existencialismo de Sartre y los conceptos de Simone de Beauvoir. Ya en su madurez, urgido por su hambre de conocimientos, hicimos juntos un máster sobre feminismo en la Universidad rey Juan Carlos de Madrid. Escribió una espléndida tesis sobre mujeres y alcoholismo dirigido por la filósofa feminista Ana de Miguel.

En los últimos años de su vida no tenía más razón para vivir que su familia a la que adoraba, no ambicionaba nada más que sus libros, la música clásica y el jazz que lo apasionaba; conversar y escuchar a la gente con todo su cuerpo porque era psiquiatra y, por más seña, anti-siquiatra a la manera de David Cooper y de Michel Foucault. Tenía un Kindle Amazon que era como su devocionario en el que almacenaba más de 300 libros, fuera de los 4000 volúmenes de nuestra biblioteca. Sin duda esta trasnacional va a lamentar su muerte, pues pierde uno de sus fieles y devotos clientes y el comentarista gratis de sus libros.

Su jubilación era un júbilo de lecturas

Era capaz de leer cuatro libros a la vez como si le pagaran por ello y devorarlo en una semana, porque se había jubilado recientemente y la jubilación la había convertido

en un júbilo, un derroche de alegría, para la lectura, tanto que lo único que lamentaba –decía– era que no iba a tener vida para leer tantos libros buenos que había en el mundo. Nunca conocí a alguien que se emocionara y disfrutara tanto con la lectura, nunca conocí a alguien que llorara y se conmoviera por las historias que le contaban otros y, por él, comprendí aquello que dijo alguna vez Jorge Luis Borges: “Que otros se enorgullecen por lo que han escrito, yo me enorgullezco por los que he leído”.

Podía leer 12 horas al día seguidas sin responder a mis reclamos porque me enfurecía que pasara tantas horas arrellanado al sofá y no se moviera e hiciera ejercicios. Yo era su madrastra, el hada mala que lo vivía agujoneando por su escaso interés por el dinero, por regalar su tiempo a cualquier alma desesperada que lo exigiera, por no poner los pies sobre la tierra y vivir del aire. Lo único que no comprendía yo era que ese aire que respiraba era amor, que esa apacibilidad que me inquietaba era amor, que ese silencio que inundaba nuestra casa era iluminado por la serenidad de su presencia, que ese proyecto de vida que le reclamaba la había afincado en nosotros. Su familia era su proyecto de vida, no la empresa, el dinero o la fama.

Cuando alguien muere del covid hay almas malas que encima del dolor de la muerte abundan en sus acusaciones. Se murió porque hizo esto o no hizo lo otro. Aturden a la familia con sentencias y responsabilidades. La culpa se cierne como un murciélago patas arriba. Roberto era médico, se cuidaba con la atención y escrupulosidad con que reza una hermanita de la caridad. Sabía todo lo que podía ocurrir. Se cuidaba él, cuidaba a su familia. Hasta el viejo gato Thelonus era objeto de sus atenciones.

Habíamos sobrevivido a la primera ola de la pandemia. Con alegría, juntos, llenos de libros y música, cuidándonos, muy unidos ante la tragedia universal que asolaba a Guayaquil. Nos creíamos a salvo.

Hermosa cena mortal

Recibimos una invitación para pasar el fin de año con familiares. Roberto aceptó porque en aquella reunión no iban a estar presentes más de diez personas. Fuimos, era importante para nosotros, se trataba de familiares queridos. No sabíamos

que el ángel de la muerte aleteaba detrás de nuestras nuca. En aquella hermosa cena mortal había personas mucho mayores que mi esposo, incluso había una señora de más de 85 años, frágil como un pajarito, a la que el virus ni siquiera tocó.

Todos parecíamos sanos y felices, reíamos, conversábamos, alegres ante el futuro luminoso de nuestros vástagos. Contentos de un nuevo año que parecía esperanzador ante la aparición de la vacuna y las elecciones presidenciales que prometían un cambio. Ciegos ante la tragedia y la muerte. Después de dos días regresamos a casa. Nos llamaron a informar que la anfitriona de la cena había dado positivo, que nos hiciéramos la prueba. Nos la hicimos. Estábamos contagiados. Mi esposo siguió los protocolos médicos, compramos todas las medicinas, nos confinamos. Nuestro único hijo, Juan Manuel, estuvo al pie como un ángel tutelar cuidando de sus padres, dejó su trabajo, su novia, sus intereses, todo. Se entregó por entero, se asesoró de médicos. Sus padres, dijo, eran su prioridad. Estábamos bien, estables, una leve fiebre, una tosecita tonta, un carraspeo en la garganta. Nada de importancia. Eso fue el 8 de enero.

Yo estaba tan bien que el lunes 11 pude escribir un artículo para Radio La Calle que se titulaba “Reflexiones en tiempos de elecciones y pandemias”; y, como siempre, el primer lector, el crítico puntilloso, fue él, comentó algunas ideas, y se recostó a seguir leyendo en su famoso Kindle junto a su gato negro que con sus grandes ojos amarillos lamía su sombra.

El miércoles 13 a la noche se le bajó la oxigenación de los pulmones a 79, llamamos a Médicos a domicilio, vino un ángel de bondad el doctor Perlaza que nos urgó por un tanque de oxígeno que mi hijo consiguió a precios astronómicos. Durmió sentado esa noche y a la mañana siguiente comenzó a tener escalofríos, la doctora, pequeña, joven, gordita, muy activa que vino a colocarle el tanque de oxígeno pidió que lo internáramos. Lo llevamos al Hospital Covid del Bicentenario, estuvo dos días, se mantenía estable en 88, consumiendo 15 litros de oxígeno.

Quince minutos en el anfiteatro de la muerte

El sábado 16 nos dijeron que iba a ser traslado a la Clínica Guayaquil porque

necesitaba un centro médico más complejo, precisaba UCI. A mi criterio, el traslado lo mató. En la ambulancia se le bajó la oxigenación a 74. Conversaba conmigo, decía que si entraba a UCI no salía, tenía terror a la intubación, presentía su muerte.

Cuando llegó lo trasladaron a la sala de Choque. Yo estaba en administración, porque como siempre sucede la burocracia privada estaba más preocupada de que se cumplan los procedimientos antes que la vida del paciente. Incluso me dijeron que no podía quedarme dentro de la clínica. No hice caso, pero no fue necesario.

No duró ni quince minutos en aquel anfiteatro de la muerte. Vino una doctora jovencísima a decirme que tenía mal pronóstico. A los cinco minutos me avisaron que había tenido un paro cardíaco y que lo estaban reanimando. Yo caí de rodillas rogando a Dios por su vida, que era demasiado joven y demasiado bueno, que lo necesitábamos. En cinco minutos vino un doctor bisoño a comunicarnos que había muerto. Yo corrí, exigí verlo, no podía creer que quince minutos antes había hablado con él en su camilla de traslado y ahora se había ido. Todavía no lo creo. Estaba tan bien que incluso, minutos antes, me preguntó hasta por sus compañeros de trabajo y me dijo con horror que en el hospital que había dejado lo querían intubar.

Entré a la sala, vi su cuerpo desnudo, inerte, exánime, con los ojos para atrás como un Cristo en agonía y su barriga hinchada con un tubo atravesando su garganta. Y no pude más y aquí estoy. Eso fue el 16 de enero a las 8:30 pm.

Escribo para sobrevivir al siguiente instante

Escribo esto para no morirme. Escribo porque es necesario, porque siento una angustia muy grande en el pecho que me impide respirar. Escribo para sobrevivir al siguiente instante. Escribo para exorcizar el dolor. Escribo para que no se evapore del recuerdo la imagen de una persona muy querida por mí. Escribo porque sé que lo que me (nos) pasa le puede ayudar a muchas personas ante el covid que es como la presencia invisible del mal y está en todas partes y hasta las personas, tan responsables como Roberto, pueden sucumbir frente a este mal.

La lección que me ha dejado Roberto es una lección de amor.





MIS
CENA
NEA

Cincuenta Sombras de un Escritor

ABDÓN UBIDIA



01. El escritor solo debe obedecer a su propio animal poético. Busca el tuyo. Indaga hasta en lo más estúpido de tu corazón.
02. Un escritor es un artista. Es decir que debe cumplir ciertas condiciones. Tener: 1) Gusto, 2) Don (o habilidad), 3) Oficio (conocimiento o aprendizaje), 4) Emoción y 5) Pasión. Si no las tienes, debes trabajar en ellas. Pero es bueno recordar que, si careces de oído musical, no intentes ser músico.
03. Lo más auténtico tuyo es tu gusto. Colores, sabores, aromas, sonidos, formas, estilos, conformarán tu Gusto, así con mayúscula. Pero el Gusto implica también Disgustos.
04. Si algo te suena mal en tu escrito, otro percibirá con fuerza esa disonancia.
05. Confía en el Dios de la sintaxis. Oye su música. Las oraciones conllevan una razón lógica que puedes alterar cuidando de no perder esa lógica. No importa cómo empieces o termines una oración. Ella buscará su estructura necesaria. Las palabras se eslabonan solas si te dejas llevar correctamente por su necesidad de incluir, por caso, verbos, sustantivos, adjetivos, etc., no importa cuán larga sea la oración.
06. No escribas. Reescribe. Y desescribe. Añade lo necesario y quita lo repetitivo e inútil.
07. Reescribir es el arte de encontrar sustituciones: un adjetivo por otro, una oración por otra.
08. Siempre tu inteligencia de lector y tu inteligencia de escritor serán menores que “la inteligencia” que reclama tu obra. Ella exige una “forma óptima” de expresión. Lee y relee, escribe y reescribe tu texto.
09. Si tu camino es errado, prosigue tu camino. Los grandes textos se han hecho en el afán de explicar lo inexplicable.
10. En la escritura, el error más frecuente: creer que una misma idea son dos distintas. Es la fuente de redundancias y repeticiones.
11. Otro error frecuente: creer que dos ideas distintas son una sola. Es la fuente de contradicciones, absurdos, y atolladeros.
12. No escuches ningún consejo. Ni siquiera este. La literatura, como el amor, como el odio, como el deseo, como la vida, es intransferible.
13. Lo único que puedes pedirme como escritor es que te cuente (con metáforas o sin ellas) mis más profundas experiencias vitales.

14. No creas en los decálogos de los escritores célebres: son válidos solo para ellos. “La dama del perrito” de Chejov, por caso, no tiene un final sorpresivo ni impactante, como prescriben algunos cuentistas.
15. Todos los grandes escritores fueron grandes lectores. Los libros engendran libros.
16. Los grandes escritores han cuidado un gran capital: su memoria.
17. Si no tienes una memoria fotográfica que registre todos tus recuerdos, no desperdicies ninguna nota, aunque fuera escrita en una servilleta.
18. Lleva siempre contigo una pequeña libreta. Si se te ocurre una idea, anótala en ese instante. La memoria es la función de las emociones. Si no la escribes, podrás recordar la idea, pero no la emoción desde la que nació esa idea. Como todo arte, la literatura es el lenguaje de las emociones.
19. Si no alcanzaste a anotarla quizá no importe. Si la idea y la emoción son fuertes, volverán.
20. Usa tu cajón de sastre. Un texto que comenzó con fuerza, y lo guardaste, esperará en silencio quizá una década para renacer con la misma fuerza y obligarte a terminarlo.
21. Codéate con los grandes. Tolstoi, Dostoyevski, Kafka, Proust, Faulkner, Hemingway, Yourcenar, Borges, Rulfo, etc. Todos te enseñarán algo.
22. La literatura te da una razón para vivir: lo supieron Cervantes, Sartre, Camus, García Márquez.
23. Pero también una razón para morir. Lo supieron Poe, Dylan Thomas, Celine, Virginia Woolf, Bukowski.
24. Busca la perfección. Difícilmente, la encontrarás. No te desesperes. Otros la han logrado. Borges decía que una larga paciencia puede simular el genio. Si un escritor como Flaubert, fue capaz de demorarse en una sola página hasta un mes, pues no tienes derecho de ahorrarte los duros trabajos que te demanden el lograr “la forma óptima” de una obra.
25. “La forma óptima”. Todo arte es equivalente. Música, plástica o literatura. Pensemos en una escultura. Al creador le quedan dos caminos. Hacerla desde la nada e ir agregando arcilla sobre arcilla hasta alcanzar la forma buscada, soñada, la “forma óptima” que puede lograr. O hacerla desde el todo, desde el gran trozo de mármol e ir devastándolo, cincelada a cincelada, igual, en pos de encontrar esa “forma óptima” que anida dentro de él.

26. Nada mata al escritor, dijo García Márquez. Es verdad. Si recuerdo que Faulkner escribió en un prostíbulo y Cervantes, Sade y Genet, en prisión, y Dostoyevski en una buhardilla, y Kafka, por las noches, luego diez horas de cumplir un trabajo que odiaba, no tengo derecho a exigir ninguna condición especial para ejercer mi oficio de escritor.
27. Oí a Jorge Icaza decir que la literatura es una pugna entre ética y estética. Así es. Cuando Edipo mata a su padre, se casa con su madre y se arranca los ojos para no ver ese horror, y cuando Medea mata a sus hijos para vengarse de su traicionero esposo, y mil ejemplos más, uno comprende que el sueño de la estética es la destrucción de la ética.
28. Solo pregunta a tu corazón, cuál es tu tristeza. Escribe sobre ella. Y pregunta a tu corazón: cuál es tu inquietud. Y escribe sobre ella. Y pregunta a tu corazón cuál es tu deseo inconfesable. Y escribe sobre él.
29. Hay autores grandiosos que te invitan a copiarlos. No lo hagas. Se notará tu fraude. Escribe lo que puedas. Con tu voz. Que te reconozcan por ella, aunque sea débil. Tampoco atiendas a la moda. Nunca abandones tus temas, tu espacio, tu estilo. No hay nada más triste que ver a un escritor que ya ha logrado lo suyo, cuando trata de inmiscuirse en una temática que le es ajena, solo por ponerse al día.
30. Si quieres solo exponer tu posición política o ideológica, haz un artículo o un ensayo valiente y claro. O, si puedes, una obra de genio como las de Brecht. Quiero decir que no escribas nunca una pobre literatura de cartel.
31. Tomo mi desayuno de angustia. La frase es de Heinrich Böll. Cuando despiertas, en el amanecer, despiertan también tus fantasmas. Preocupaciones grandes y pequeñas. Pero acuciantes. Son los dolores pendientes de la vida los que atacan con saña. Para conjurarlos, no hay nada mejor que ponerte escribir, continuar con tu texto en curso, anotar uno nuevo; así la angustia se transforma en alivio o terapia y, muchas veces, en placer. Por suerte el sueño ha reparado tu cerebro y la lucidez viene también con el despertar.
32. No temas al insomnio. Míralo como un regalo no pedido que te da la vida: un tiempo libre que puedes aprovechar pensando en tus escritos o mejor escribiéndolos. Es tal caso, procura sí —y el consejo es de Hemingway— dejar algo pendiente para el nuevo día.

33. *Nulla dies sine linea*. Ningún día sin una línea, decían los latinos. Es una máxima sabia. Cuando la practicas, tienes la dulce sensación de que tus escritos avanzan solos.
34. La procrastinación. Es el mayor peligro para el creador. Es la pereza de hacer lo que tienes que hacer, la neurosis perfecta: postergar un texto, a veces es matarlo. El remedio es fácil. No huyas. Quédate, a la fuerza, unos minutos, enfrentando tu trabajo, sus problemas y dudas. Así tu desgano se irá.
35. No temas a la página en blanco. Mírala como una invitación. Acéptala. Siempre tendrás muchas cosas que decir. Y puedes ayudarte con recursos como el de la escritura automática.
36. La escritura automática. La inventó André Breton. Es una práctica surrealista. Consiste en escribir si ningún plan lo que te venga a la cabeza, de modo que tu inconsciente se manifieste con entera libertad y sin presiones. Pero podemos alterar su receta: porque una pequeña presión sí ayuda. Y una frase de arranque también. A lo largo de los años, yo he propuesto, a los miembros de los talleres de escritura, textos que partan de una frase escogida al azar: “Hoy he pensado que...”, por ejemplo. El ejercicio consiste en escribir, sin parar, y sin atender a ortografía ni sintaxis, y dejando un espacio para la palabra que no se nos ocurre en ese momento, hasta que luego de cinco o quince minutos, ya tienes un texto que, casi siempre nos sorprende por su coherencia. Entonces recordamos la máxima de Lacan: “El inconsciente se estructura como un lenguaje”.
37. La heurística. Es la vieja sabiduría de los griegos que los rusos como V. N. Pushkin, dos mil cuatrocientos años después, convirtieron en “la ciencia del pensamiento creador”. Consiste en aceptar que tu inconsciente nunca descansa: cuando un problema de física, matemáticas, de ajedrez, artístico o literario, te parece difícil o imposible; de pronto — no sabes cómo— llega la solución en el momento o lugar menos pensado; mientras estás paseando o en el cine, o en un estadio. No es por arte de magia, ni por pura intuición que la luz viene a tu cerebro. Sucede que tu inconsciente, sin que lo supieras, siguió trabajando en tu problema y lo resolvió. Pero eso solo ocurrirá si has pasado muchas horas buscando “conscientemente” y, a veces, inútilmente, alguna solución.
38. Hay dos compañías incómodas que tendrás que aceptar: la soledad y la duda. Siempre serán las fieles compañeras inevitables del escritor.
39. Hay una cabeza de narrador y otra de poeta. La una cuenta y la otra canta. Hay

- grandes novelistas que no escribieron grandes poemas. Y grandes poetas que no lograron escribir una novela que estuviese a su altura. Hay excepciones por supuesto: Hugo y Rilke. Pero son excepciones. Busca tu cabeza.
40. La figura mayor del poeta es la metáfora. La del novelista, la metonimia. Hay textos posmodernos que quieren borrar las fronteras entre los géneros. Todo eso está bien. Pero un autor, siempre sabrá lo que se le viene con mayor facilidad. La metáfora o la metonimia, el poema o el relato, lo discontinuo o lo continuo, la asociación o el discurso.
 41. Los novelistas y poetas se encuentran en el cuento. El cuento es el poema del novelista y la novela del poeta.
 42. ¿Cuál es tu medida? Balzac hizo 146 novelas y Rulfo dos libros. Faulkner escribía torrencialmente y Hemingway lograba, con mucho trabajo, apenas una página al día. Recuerda a Musset: “Mi vaso es pequeño, pero bebo en mi vaso”.
 43. La polisemia. Sartre dijo que escribir con menos de cuatro o cinco sentidos, no tiene sentido. Todo texto literario es polisémico. Se presta a varias interpretaciones. Algunas que el autor nunca imaginó. Todas ellas lo enriquecen.
 44. En un relato, cuida el piso de verosimilitud. Es el pacto que hacen autor y lector para creer que lo narrado es lo verdadero. Dentro del relato hay reglas de verosimilitud que deben cumplirse. No importa si se trata de un texto fantástico, de ciencia ficción, mágico o realista. En Cien años de soledad, el Padre Nicanor levita cuando toma una taza de chocolate. Eso no puede pasarle al cura de una novela realista como Huasipungo: no sería verosímil. En la novela de García Márquez hay una escena fascinante: cuando liberales y conservadores se están matando, para distraerles, el padre Nicanor se pone a levitar. Ellos no le hacen caso y prosiguen su guerra. El lector esboza una sonrisa: no le sorprende que el padre levite. Le sorprende que los combatientes no le hagan caso. Es decir, que ha aceptado, hipnóticamente, la verdad narrada, el piso de verosimilitud del realismo mágico. Sé fiel al nivel de realidad que has escogido y no lo rompas. Cada corriente literaria (romanticismo, realismo, realismo social o mágico, etc.) es una matriz de pensamiento, una episteme, e instaura, cada una, su propio piso de verosimilitud.
 45. Hay temas de cuentos y temas de novelas. No te equivoques. Puede ocurrir que lo que creíste que era un cuento se alargue tanto que no puedas manejarlo.

Quizá estés tratado de escribir una novela y no lo sabes. Tendrás que desarmar tu cuento en unidades de sentido, recortarlo en capítulos. Porque la novela es un mundo abierto y el cuento uno cerrado. La una tiene cabos sueltos (que solo más tarde tendrás que unirlos) y el otro no.

46. Forma y contenido. Los formalistas rusos decían que la forma no es más que la manera de expresar un contenido. El contenido es lo que tienes dentro, la idea, lo que quieres expresar. Solo puedes expresar lo que está entendido y claro, decía Descartes. Así, tu trabajo se vuelve formal. Tienes que lograr la “forma óptima” que lo exprese de la mejor manera posible, para que tu lector lo capte bien. Una perturbación en la forma, perturbará el contenido. El lector no tiene cómo enterarse de tu contenido sino por la forma en la que lo expones. Algo tan humilde como una coma mal puesta puede distorsionar un mensaje: no es lo mismo decir: “Luis come” que “Luis, come”.
47. A un gran escritor lo reconoces por su estilo. Muchos han dicho que un estilo es el resultado de haber vencido ciertas dificultades lingüísticas de los autores. Lo vemos en Borges. En sus tres primeros libros, cuyos ejemplares trató de destruir y esconder, hasta que, de modo póstumo, María Kodama los publicó, vemos a un joven escritor inhábil, pedante, queriendo ser quien luego sería: el maravilloso Borges, dueño de un estilo inconfundible, cuando ya superó las dificultades que asoman en esos tres libros iniciales.
48. Cuando estés muy fatigado, suspende tu trabajo. Descansa o duerme. Aunque puede ocurrir que, en el momento de mayor fatiga, brote una idea buena. Anótala. Que la lucidez sea tu guía con el nuevo amanecer.
49. El escritor es un pensador muy concreto. Lo que el filósofo dice en conceptos abstractos, el escritor lo muestra con ejemplos vívidos, con historias. Por encima de un escritor hay un sistema de pensamiento que lo ampara. Filosófico, religioso o mágico. En Dostoievski y Kafka, está Kierkegaard. En Proust: Bergson. En Borges: Platón y Berkeley. Y en Cortázar: Huizinga. Cuando un escritor no pertenece a una cultura que haya asumido grandes sistemas filosóficos como la europea, busca el apoyo del saber bíblico como los norteamericanos, desde Melville hasta Faulkner. En Latinoamérica, el realismo mágico de Asturias, Rulfo, García Márquez o Jorge Amado, sólo fue posible gracias a las tradiciones orales de nuestra tierra, un sistema de pensamiento muy rico y complejo. A

propósito, el profesor japonés Idetaro Yoshida dijo que, en los países como Japón o los latinoamericanos, que carecen de filosofías muy estructuradas, la literatura es la encargada de expresar nuestro pensamiento.

50. La posverdad. Es la falsa verdad que impera en estos tiempos dominados por la cultura mediática. Fake news, informaciones de los grandes medios de comunicación masiva, publicidad comercial engañosa, redes sociales y trolls, márketing y encuestas políticas, conforman un mundo en donde la realidad real ha sido reemplazada por una realidad virtual que muestra lo falso o distorsionado como verdadero. Así, la verdad deviene posverdad. Uno podría decir que (más allá de su connotación posmoderna) tal cambio siempre fue privilegio de la literatura. Que ella parte de una realidad real que la trastoca en ficción. Es cierto, pero con una gran diferencia. La posverdad conlleva, implícito, un propósito perverso. Está al servicio de una mala fe deliberada hecha para afirmar el statu quo, las falacias del poder político y económico que ahora son los mismos. En cambio, la literatura odia el poder. Lo combate desde la ficción. Desde la creación. Es rebelde y subversiva. Dice lo no dicho. O escondido por el sistema. Entonces lo falso de la ficción, está al servicio de una verdad mayor. De la verdad oculta. La verdad del autor. La verdad del mundo. Es una metáfora de él. La verdad siempre es concreta, decía Brecht. Y Machado: “La verdad es lo que es/ y sigue siendo verdad/ aunque se cuente al revés”.



Palabras que te muerdan los ojos

RAÚL SERRANO

*¡Y tú, Poesía sola, hecha de mente,
de ladrillo y de persona!*

*César Dávila Andrade,
“Meditaciones en el día del exilio”*

113

La escritura en María Jesús Mena no solo que es una necesidad, es un destino impostergable. Los textos que integran su primer libro, *Poemas ciegos* (Madrid 2020, 2ª. ed.), no solo que dan cuenta de ello, sino que nos ponen en evidencia ante esta condena. Una condena de la que la autora sale muy bien librada entre uno y otro texto. Pues la suya es una escritura que busca, desde lo coloquial, indagar y penetrar en los meandros de todo lo que es el paisaje de la ciudad que habita, y que siempre es la no-ciudad en la que ha sabido ponerse en desacuerdo con algunos asuntos de la vida. Esa no-ciudad es la que reconstruye, reinventa entre los versos de la sección “Calles”: un tejido de momentos, ausencias, fracasos, cuerpos, horas

y errores. Ese fondo con una ciudad fugitiva, es el que Mena reconstruye de manera tersa e intensa en versos en los que va configurando una poética de lo cotidiano, en la que la suma de los desencuentros, las rupturas, los vacíos, y todos esos fantasmas que la soledad o la saudade, como tan deslumbrantemente la definieron los portugueses, se va convirtiendo en una especie de proyección de imágenes en las que todo es una película que da cuenta de lo que las palabras son capaces de escamotearle a la memoria que se nos presenta como un juego de múltiples trampas:

*A veces vuelvo a esos lugares que compartimos
y a esos otros míos que me hubiera gustado transitar contigo,
de puntillas, como si fuera algo furtivo y nuestro,
aunque sé que existían solo para mí,
porque nunca llegamos a habitarlos juntos.
Oían a incertidumbres, miedos, futuro y selvas ("Las horas").*

Esos lugares compartidos solo son legítimos y reales en la trama que urde el poema desde su supuesta ceguera. Esas "horas" que registran de manera siempre aleatoria lo que es la intensidad de una historia entre amantes que habitaron una pasión que se fue disgregando conforme se corroyó la vida con sus amenazas y malas costumbres; negación a lo que esa pasión podía poner en riesgo y que se encargó de convertir en un "adiós" como "lo único que entre tú y yo siempre fue cierto".

Los rituales del amor y sus derivados como el desamor, el olvido y las rupturas, le son caros a María Jesús Mena; tópicos que resuelve de manera acertada, sin renunciar a las exigencias del discurso poético. Sus textos dan cuenta de manera fresca, con un lenguaje que combina adecuada y estratégicamente lo que son los dominios de aquel alfabeto que se va esparciendo, siempre contaminando, de lo que son los sucesos, esa especie de trama que de tanto ser cotidiana corre el riesgo de invisibilizarse. La poesía de Mena irrumpe como una cámara indiscreta, de ahí la plasticidad de su lenguaje en ese mundo plagado de fragilidades para no solo visibilizarlas, sino para traerlas e integrarlas a los espejos en los que todo se puede suponer –incluso una ambigua ceguera–, en lo que todo se puede desdeñar pero asimismo todo, desde las palabras se puede convertir en parte de una memoria en la que reconocerse(nos) no siempre terminara por ser una revelación de la cual nos podamos sentir orgullosos:

*Escribo entre los huecos de la vida,
esa que llevamos todos
medio loca de atar en la mochila,
sin tiempo para nada,
para nadie,
solo para continuar acaso respirando. ("El fracaso")*

Estos versos recrean de manera intensa y elocuente la condición del y la escriba postmoderna (se escribe "entre los huecos de la vida"), así como del sujeto que es parte –¿o víctima?– de los estropicios de la sociedad en la que todo es líquido como diría Zymut Bautman; condición en la que el devenir se reduce a ese "sin tiempo para nada, para nadie", a ese "continuar respirando" que se torna una ironía kafkiana, propia de un orden en el que los sujetos (mujeres-hombres) son piezas que en la medida en que pierdan su alma, su condición humana, la máquina espoliadora del sistema continua celebrando sus logros de vampiros implacables.

Un paisaje tan goyesco al que la palabra de Mena le opone –tal vez es una forma de resistencia– la música desacralizadora, ácida de la poesía. Pues el fracaso que se nos participa en estos versos es quizás ese que siempre terminará por reconstruirnos o resucitarnos en medio del paisaje devastado que puede ser el desamor. El encuentro de los amantes tal vez es la crónica anunciada, secreta y sutil de cómo las criaturas pese a esa guerra cotidiana que es el "tiempo sin tiempo, para nada ni para nadie", pueden esgrimir como una provocación pero también como un escudo; un disparo que convierte ese "continuar respirando" en un acto que el amor, el encuentro furtivo e intenso, siempre al filo de todo y contra todo de los cuerpos, hacen posible convirtiéndolo en un evangelio que se transfigura en carne y verbo en la medida en que se impone como "una caricia envenenada".

Mena, quien durante algunos años ha sido inquilina en varios talleres de escritura creativa de su ciudad de origen, parece recordarnos, luego de explorar las otras secciones de este libro ("Abandonos", "Tránsito" y "Vuelos") que ese lugar cargado de caricias y venenos (a más del cuerpo deseada) es el poema, y que la escritura –ese duelo sin concesiones con las palabras– es parte de una heredad, un legado que a pesar de todo lo que esa vida hostil y contaminada de la postmodernidad

pretende arrebatarnos, en un momento dado se convierte en una trinchera o zona nada confortable para hacer del "respirar" un acto de absoluta confrontación contra lo establecido. De ahí que su redefinición de un concepto como el de patria, que desde las nociones burguesas tiene sus propias paradojas y contradicciones, lo asuma desde el territorio más vital, profundo y legítimo, por tanto el de la sospecha. Una redefinición que desbarajusta los preceptos y mandatos que el poder hegemónico y sus historiadores (así como sus archivos), han manipulado mañosamente, tratando en lo posible de desvirtuarlo en lo que este concepto (el de patria que para Unamuno era de patria) encierra desde su esencia, que como bien apunta el modernista José Martí, es la suma y la convergencia plena de lo humano.

El texto de Mena hurga y desmonta lo que desde la convención (ahora que por patria se quiere imponer un sentido excluyente y condenatorio para el otro) se ha pretendido legitimar lo que, como lugar de origen sin duda tiene una pluralidad de sentidos y paradojas. Si en algún momento el maestro Luis Cernuda, replicando al lisboeta Pessoa, sostenía que la única patria para del poeta era el lenguaje, en este texto esa definición se reformula, se amplía y se pone en entredicho. La patria o patria de Mena es esa que a todos nos permite "renacer en un abrazo de avaricia pleno, / y asilar nuestro abandono en otra patria".

116

En "Los exilios" se plantea un parangón entre dos formas de vivir: la que se da por y desde la escritura y la que se ocupa de los días y agravios del calendario:

*Escribo porque siento esa necesidad,
aunque al hacerlo me arrepienta
una y mil veces de lo escrito
y entonces lo aniquile
o lo entierre por siempre
en la montaña de mi olvido.*

Ante las dudas o las reticencias del acto de la escritura, que se presenta como un desafío imposible de descartar (condena sin excusas), está la vida diaria como esa otra voz, esa otra orilla en la que respirar adquiere características similares; pues, no hay pretexto que permita renunciar (no asumir el riesgo) ante la escritura ante el desafío y odisea de vivir. Estos versos nos lo revelan de manera lúcida y vital:

*Pero siempre corro el riesgo,
no evito transitar la vida,
devorarla, liquidarla entera,
renacer en ella cada noche,
habitarla.*

Esta es una escritura de las grietas y de los resquicios. En esa frontera, María Jesús Mena logra colar voces, sombras, fragmentos de una vida (en esta tesitura es ejemplar el soneto “Narración oral (A mi abuela Juana)”) que es la suya, pero como sucede con los buenos poetas, es a través de esas grietas que las diversas broncas y revanchas con la vida, les permite deslizarse lo que, a su vez, es parte de los resquicios por donde se suman y filtran las vidas (las agonías) del prójimo. Elemento de ese universo, envuelto en una sensualidad que se integra a la música de ese baile al que se invoca e invita a un ausente deletreado en tiempo presente, está recogido en el conmovedor, intenso y logrado texto “Bailemos”:

*Sedúceme y mezclémonos
a ese compás de música tardía
que la vida hace estallar de nuevo.
Regálame la codicia añeja de tu hambre,
que de savia regó frenéticos apegos.*

117

Cerrando la sección “Tránsitos”, está un canto que evoca uno de los momentos más dramáticos que padeció una ciudad como Madrid y toda España. Recuento de esa pesadilla transmitida en vivo que fueron los atentados del 11 de marzo de 2004. Momento en el que, como bien lo anota la poeta, la vida se detuvo para dar paso al desconcierto y el absurdo desbordado, imposible de entender o explicar. “Madrid ardiendo” es un tributo sentido, vital de todo ese ceremonial terrorífico, brutal e inconcebible. Crónica, registro del dolor que anuló y anula todo sentido de lo que se supone es una civilización o la condición humana; crónica de una ciudad “preñada de cuerpos sentenciados,/ borracha entre el dolor y el daño,/ ahorcada en llamas”.

“El vuelo”, es un texto que explora la experiencia de una Beatriz postmoderna en torno a ese descenso a un mundo en el que el encuentro de los cuerpos de los

amantes está mediado por la ruptura con lo que la realidad que se ve obliterada, puesta en cuestionamiento a partir de la magia, la intensidad, el dislocamiento que las palabras convierten en esas alas que le permiten a esa mujer renunciar, romper con aquello (los condicionantes de toda relación) que la sujeta o le coarta su búsqueda de ese cielo que siempre es otro, que siempre es un horizonte en el que todo lo que tenga que ver con lo divino, parte por resignificar lo que de humano en tanto desconcierto, devastación y redescubrimientos es capaz de desconcertarla. Ese encuentro, diálogo en el que el sentido de la libertad, sin rehuir de lo que la hojarasca de la realidad puede encubrir, siempre está mediado por un hambre de independencia que superando cualquier militancia de lo políticamente correcto, logra trascenderla en función de lo que el poema y las palabras provocan y suscitan:

118

*Deja que fluyan las palabras,
que nazcan,
que se revuelquen entre las nubes,
que giman las térmicas
y suban cada vez más alto,
que se abismen a la palabra sedición,
que se enreden al viento
y te muerdan los ojos
y las entrañas, o el alma.
Usa las que creas que más hieren.*

Sucede que María Jesús Mena es obsecuente y consecuente, a lo largo de estos textos que integran Poemas ciegos, a esa invitación; pues estos poemas van a morder los ojos, las entrañas y el alma de quien se decida a entrar en ellos (cada quien asumirá sus riesgos). Además, ha sido fiel a la invocación a usar en cada uno aquellas palabras que más hieren y que son vitales para que el poema, en tanto herida y resurrección, sea parte de ese vuelo que implica el ser y el estar entre uno y otro de estos versos que con su belleza cegadora (lo de “poemas ciegos” es una ironía que cumple como una provocación continua) nos dejan heridos de muerte. Lo que quiere decir, de vida.

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. (Quito, julio 2019-enero 2021)

Raúl Serrano

(Arenillas, El Oro, 1962). Estudió comunicación social en la Universidad Central del Ecuador; Literatura Hispanoamericana en el Programa de Maestría de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Forma parte del Consejo Asesor de las revistas *Anales de la Universidad Central* y del Comité Editorial de *Pie de página de la UA* y *PixelLetras*, de la ESPOL. Es Editor de *Kipus*: revista andina de letras y estudios culturales. Ha publicado varios libros de cuentos, una novela, algunos ensayos de crítica literaria y diversas antologías temáticas. Actualmente forma parte del Área de Letras y Estudios Culturales de la UASB.

Dalton Osorno

(Jipijapa 1958). Poeta, narrador, crítico literario y ex-maestro universitario. Premio de novela breve *La Linares 2020* con *Crónica para jaibas y cangrejos*. Ha publicado el cuentario *El vuelo que me dan tus alas*, cuentos (1988) y los poemarios *Visión de la ciudad* (1996), mención de Honor del Concurso Nacional de Poesía Ismael Pérez Pazmiño en 1992; *Palíndromo* (1997), mención de Honor Única IV Bienal de Poesía Ciudad de Cuenca; *Amantazgos* (2000), mención de honor única en la III Bienal de Poesía César Dávila Andrade; *No hay peor calamidad, desfachatez, infatuamiento que un poeta enamorado* (2003), premio Único del VII Concurso Nacional de Literatura M. I. Municipalidad de Guayaquil; y *Duración del esfumato* (2017).

Pablo Escandón

(Quito, 1974)

Tiene dos libros de cuentos publicados y la novela *Más allá del coloso*. Miembro colaborador del Grupo Museum I+D+C. Laboratorio de Cultura Digital y Museografía Hipermedia, de la Universidad Complutense de Madrid. Miembro externo del Grupo Novos Medios de la Universidade Santiago de Compostela, Quito.

Aminta Buenaño

(Santa Lucía, 1958). Escritora, política y diplomática ecuatoriana. Fue embajadora en España y en Nicaragua, además de vicepresidenta de la Asamblea Nacional de Ecuador. Fue editorialista del diario *El Universo* de Guayaquil. Sus cuentos han sido publicados en varias revistas de su país y en el exterior. Su novela *Si tú mueres primero*, publicada en 2011 por Grupo Santillana, fue una de las finalistas del XIII Concurso Internacional de Novela Ciudad de Badajoz.

Arturo Cervantes

(Guayaquil, 1990). Estudió periodismo y literatura en Ecuador; y psicoanálisis en Argentina. Trabajó en la sección Cultura del diario *El Comercio*. Ganó el Premio Jorge Mantilla Ortega. Sus textos han sido publicados en los principales medios ecuatorianos; y en la *La Agenda* y *Revista Orsai* de Argentina. Forma parte de las antologías «Crónicas» (Dinediciones, Quito, 2015) y «La nueva normalidad» (Punto de Encuentro, Buenos Aires, 2021). Desde el 2016 reside en Buenos Aires donde cofundó *Chasquis Cartas*, un newsletter epistolar.

Jorge Velasco Mackenzie

(Guayaquil, 1949 - 2021) Profesor universitario, narrador, dramaturgo y crítico. Es uno de los escritores más prolíficos de la literatura ecuatoriana. Autor de 19 títulos: 8 novelas, 7 libros de cuentos, dos obras de teatro, un libro de poesía y un libro de crítica de artes plásticas. Ganó en 1979 la beca de Círculo de Lectores que le permitió escribir en Europa el primer borrador de *El rincón de los justos*. Exponente de la novela histórica con dos títulos señeros: En nombre de un amor imaginario ganó el primer premio de la IV Bienal de Novela Ecuatoriana en 1996 y *Tambores* para una canción perdida, ganadora del premio de novela Grupo de Guayaquil en 1986. Deja algunos libros inéditos tras su muerte.

Lyla Boká

(Bogotá, 1984). Pseudónimo de Camila Moncada Bradford. Máster en Creación Performática por Goldsmiths, University of London. Dedicada a las artes escénicas desde el año 2004, luego de haber formado parte de reconocidas agrupaciones guayaquileñas de danza y teatro, actualmente trabaja en el Teatro Onírico de la Niña como dramaturga e intérprete. Su interés está en llevar la poesía más allá del texto, hacia la *performance*. Desde su práctica investiga la comprensión holística de producción de las artes como herramienta terapéutica, didáctica y de autoconocimiento.

Edmundo “Nuno” Acosta (Guayaquil, 1979).

Se dedica a diseñar experiencias creativas con enfoque estratégico para marcas con propósito. Con 20 años de experiencia en branding, publicidad y marketing, desarrolla negocios con base en internet. Diseñador, redactor, ilustrador, storyteller. El festival internacional *El Ojo* lo declaró uno de los mejores creativos de Iberoamérica.

James Martínez Torres

(Guayaquil, 1949). Poeta, narrador, promotor cultural. Vive desde hace más de 30 años en Machala, trabajando como docente en la Facultad de Ciencias sociales de la universidad de esa ciudad. Entre los años 2003-2004 fue director de la revista de creación y crítica cultural, *La esquina y la orilla*, de la CCE de El Oro. Ha publicado los poemarios *La ciudad va por los cuerpos respirando* (colección *Letras del Ecuador*, CCENG., 1999), *Los planes del reino* (Colección *la (h)onda de David*, Universidad de Cuenca, 2005) y *Material de ruido* (Cadáver Exquisito, 2020). Obtuvo el título de Magister en Letras de la Universidad Andina Simón Bolívar, con una tesis sobre las poéticas del mal-decir (1996).

Abdón Ubidia

(Quito, 1944). Narrador, ensayista, antólogo, investigador y crítico. En la década de los sesenta del siglo pasado fue parte del grupo literario *Los Tzántzicos*; posteriormente fue miembro del consejo editorial de la revista *La Bufanda del Sol* y en los ochenta dirigió la revista cultural *Palabra Suelta*. Sus primeros cuentos aparecieron entre 1965 y 1968 en la revista *Pucuna*. En 1979 publicó el libro de cuentos *Bajo el mismo extraño cielo*, que lo hizo acreedor al Premio Nacional de Literatura José Mejía Lequerica; el mismo que volvió a ganar en 1986 con su novela *Sueño de lobos*. También publicó: *Ciudad de invierno* (1979); *Sueño de lobos* (1986), y *La Madriguera* (2004), que le valió el Premio Joaquín Gallegos Lara a la mejor novela del año. En el relato corto cultivó los géneros de la ciencia ficción y fantasía, en particular con su serie "DivertInventos", que incluyó cuatro colecciones de cuentos: *Divertinventos* (1989), *El palacio de los espejos* (1996), *La escala humana* (2008) y *Tiempo* (2015). El 9 de agosto de 2012 recibió el Premio Nacional Eugenio Espejo.

Lola Márquez Soriano

(Guayaquil, 1962). Ejerce el periodismo cultural en su país desde hace 20 años, en los principales diarios y revistas. Por su actividad profesional, ha sido invitada a participar de giras culturales por Estados Unidos, Israel, Argentina, Colombia, Chile, Costa Rica, Cuba, Perú, Venezuela y República Dominicana. Integró el taller literario de Miguel Donoso Pareja, y cuentos suyos aparecen en un libro colectivo titulado *Mensaje en una botella*.

Matilde Cristina Velasco

(Guayaquil, 1975) Hija del escritor Jorge Velasco Mackenzie. Comunicadora social por la Universidad de Guayaquil, con amplia experiencia en comunicación organizacional. Fue parte del taller literario de Maritza Cino donde practicó el género lírico.





espol Escuela Superior
Politécnica del Litoral

www.revistas.espol.edu.ec/index.php/pixelettras